

Selección TERROR

YO, DRÁCULA

SILVER KANE

Las manos se alzaron.

Parecía como si se movieran lentamente.

Pero en realidad no era así. El gesto fue fulminante. Kramer tuvo oportunidad de comprobarlo porque en seguida las encontró en su cuello.

Los dedos eran largos y duros.

Parecían de acero.

Kramer apenas pudo balbucir:

—Noooo…

Una boca ávida y experta fue hacia el lado izquierdo de su cuello. El viejo borracho no supo defenderse. Las fuerzas le fallaban. Todo seguía dando vueltas en torno suyo.

Y entonces se dio cuenta de la horrible verdad.

Nunca lo había sospechado, cuando aquel ser le habló del asunto en una sucia taberna de Bucarest. Había pensado que era un asunto de contrabando. Nunca llegó a intuir la terrible realidad.

Pero ahora lo veía claro.

Estaba sirviendo de alimento a un vampiro.



Silver Kane

Yo, Drácula

Bolsilibros: Selección Terror - 74

ePub r1.0

Titivillus 15.03.15

Título original: *Yo, Drácula*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

PARTE PRIMERA

TRES ENCUENTROS CON LA MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

Kramer, el viejo borracho, alzó la botella, bebió a chorro un abrasante trago que le devoraba la garganta, y luego, eructó satisfecho. Lo que acababa de beber era un mejunje tan fuerte que seguramente hubiese bastado acercar a su boca la cabeza de un fósforo para que éste se encendiese por combustión espontánea. Pero sin embargo, Kramer refunfuñó:

—Bah… Estos licores de ahora cada día son más flojos.

Y exhibió el pase que le autorizaba a entrar en el almacén.

Eran más de las doce de la noche. Una luna casi irreal de tan hermosa, flotaba sobre las aguas del gran río. Sólo unos cuantos rumores apagados llegaban hasta aquel lugar que parecía completamente apartado del mundo.

Era como un inmenso cementerio.

Kramer avanzó, haciendo sonar sus gruesos zapatones sobre las baldosas de piedra. Y en aquel rincón, apenas alumbrado por la lámpara, vio los dos ataúdes.

Se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Uf… —gruñó—. Menudo viajecito me habéis dado procurando que nadie os molestara. Pero gracias a vosotros he podido regresar, porque estaba sin blanca…

Luego la mano que se había pasado por los ojos se la pasó por la boca. No podía negar que se estaba mareando. Hasta la medianoche había ingerido casi dos litros de alcohol, de modo que lo lógico era que tuviese el estómago perforado. Lo menos que le podía pasar era marearse. Pero de todos modos él atribuyó lo que le estaba ocurriendo a todo lo contrario.

—Claro —dijo—. Me he pasado el día completamente *seco*. Lo que necesito con urgencia es un trago.

Y volvió a empinar el codo hasta que dejó la botella vacía.

Todo en él abrasaba.

Entonces se acercó a uno de los ataúdes, el más lujoso de los dos, y se dispuso a meter en la cerradura la llave que había guardado celosamente mientras gruñía:

—Bueno, voy a despedirme de vosotros. Mi contrato ha terminado. Seguro que no nos veremos nunca más…

Y alzó la tapa.

Inmediatamente sintió algo así como un espasmo.

¿Qué pasaba?

En realidad Kramer no lo advirtió hasta momentos después. Se trataba de que al hombre metido en el ataúd, lo había visto él con los ojos cerrados cuando bajó la tapa tres semanas antes. Y ahora aquel hombre estaba con los ojos abiertos.

Por lo demás, su inmovilidad era espantosa.

La rigidez de su cuerpo era la rigidez de un cadáver.

¿Pero por qué sus ojos miraban entonces con aquella diabólica fijeza? ¿Por qué sus manos se alzaban un poco? ¿Por qué pareció como si dirigiese a Kramer una satánica sonrisa?

Kramer se hizo estas preguntas de una forma maquinal, pero la verdad fue que no pensó gran cosa más. En todo caso lo único que pensó fue lo único que venía pensando desde treinta años antes:

«Necesito un trago».

Y llevo maquinalmente la derecha hacia uno de sus bolsillos, en busca de otra botella.

Pero esta vez no tuvo tiempo. Verdaderamente no tuvo tiempo de nada. El caballero vestido de negro que reposaba en el fondo del ataúd se alzó poco a poco. Quedó sentado en él sin que las piernas perdieran su rigidez y su inmovilidad. En cierto modo hizo una flexión de verdadero atleta.

Las manos se alzaron.

Parecía como si se movieran lentamente.

Pero en realidad no era así. El gesto fue fulminante. Kramer tuvo oportunidad de comprobarlo porque en seguida las encontró en su cuello.

Los dedos eran largos y duros.

Parecían de acero.

Kramer apenas pudo balbucir:

—Noooo…

Una boca ávida y experta fue hacia el lado izquierdo de su

cuello. El viejo borracho no supo defenderse. Las fuerzas le fallaban. Todo seguía dando vueltas en torno suyo.

Y entonces se dio cuenta de la horrible verdad.

Nunca lo había sospechado, cuando aquel ser le habló del asunto en una sucia taberna de Bucarest. Había pensado que era un asunto de contrabando. Nunca llegó a intuir la terrible realidad.

Pero ahora lo veía claro.

Estaba sirviendo de alimento a un vampiro.

Estaba hundido en un pozo de tinieblas, en un mundo de horror que creyó que ya no existía.

Pero pensó irónicamente:

«Mi sangre, que está empapurrada de alcohol, no le servirá de gran cosa…».

Poco a poco todo fue cediendo en él.

Cayó de rodillas.

Las imágenes que daban vueltas en torno suyo fueron quedando fijas, con la terrible fijeza de la muerte.

El hombre vestido de negro lanzó una suave risita.

Era una risa suave, lenta, corrosiva, que parecía llegar desde más allá del tiempo.

La sangre que acababa de ingerir le daba nuevas fuerzas. Su aspecto pálido, terriblemente blanco y hasta demacrado, iba cambiando velozmente.

Arrastró el cuerpo de Kramer hasta el lugar en que yacían unos bultos y se dispuso a ocultarlo. Su propósito era que tardasen al menos tres días en encontrarlo, hasta que empezase a oler, pero para eso necesitaba trabajar unos minutos. Había que cambiar de sitio unos bultos y situar detrás el cadáver.

No tuvo tiempo.

Inmediatamente sonaron unas voces en la puerta del almacén. Alguien se acercaba. Las grandes puertas se estaban descorriendo.

—¡No hay derecho! —gruñía alguien—. ¡Hacernos trabajar a estas horas!

—El traslado tiene que hacerse inmediatamente —dijo una voz autoritaria—. Hay peligro de que el material se estropee.

El hombre tuvo que dar un salto hacia atrás.

Sus movimientos eran ágiles y dotados de una increíble precisión.

Quizá otro se hubiese aturdido, puesto que los hombres que iban a penetrar en el almacén ya estaban materialmente en el umbral. Pero él no. Él no hizo un solo movimiento en vano y pareció como si calculara sus movimientos segundo a segundo.

Tuvo el tiempo justo para meterse de nuevo en el ataúd.

Bajó la tapa.

Pero antes retiró la llave, que estaba en la cerradura, para que no pudieran cerrar otra vez. Inmediatamente se oyeron los gritos.

—¡Dios santo!

—¡Es ese tipo que llegó hace poco!

—¡El que olía a alcohol!

—¡Y está blanco como el papel…!

Se produjo un brusco silencio, como si todos respiraran el horror que bruscamente había pasado a rodearles.

Al fin alguien musitó:

—No lo entiendo…

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Parece obra del conde Drácula…

CAPÍTULO II

Los dos sepultureros terminaron de abrir las fosas. Aparecían sudorosos y casi jadeantes, pese a lo habituados que estaban a aquella clase de trabajos. Sólo el que ha hecho a pico y pala cimientos en una casa o ha abierto sepulturas de ocho palmos de profundidad sabe lo reventado que puede encontrarse un hombre después de una tarea semejante.

Como habían trabajado sincronizadamente, los dos acabaron casi al mismo tiempo. Asomaron las cabezas y luego salieron de las fosas.

No tenían el menor interés en *quedarse* en ellas.

Las dos sepulturas estaban apenas separadas por cinco pasos de distancia. Correspondían a los dos ataúdes colocados uno junto al otro.

Uno de los hombres gruñó:

—¡Uf! ¡Menos mal!

Y el otro:

—Ya estaba harto de este trabajo.

—Pues no debieras haberte cansado ni más ni menos que otras veces. Estás tan acostumbrado como yo.

—No es lo mismo. Y te diré por qué.

—¿Qué te pasa?

—Es la luna —dijo el que se había quejado—, la maldita luna. Yo llevo años trabajando en los cementerios, pero siempre lo he hecho a la luz del sol.

El otro intentó reír, aunque la risa no acabó de salirle.

—No me dirás que tienes miedo —murmuró.

—No se trata de eso. Je, je… ¡Si lo sabré yo! Pero de todos modos no me gusta trabajar en un cementerio de noche.

—A mí me es igual. Pero oye… ¿Sabes una cosa? ¿Sabes lo que me inquieta?

—¿Qué?
—Lo de las monedas.
Y mostró cinco relucientes monedas de oro que llevaba en uno de sus bolsillos. Mientras las contemplaba con admiración, pues sabía lo mucho que valían, gruñó:
—Cuando anoche las recibí en mi casa, en un pequeño paquete enviado por Correos, tuve una condenada sorpresa. La misma clase de condenada sorpresa que debiste tener tú.
—Sí… Cinco monedas a cada uno, enviadas dentro de un paquete, para que enterrásemos por la noche los dos ataúdes de color ceniza que nos serían entregados hoy. No querían que los enterrásemos a la luz del día ni que los abriésemos por ningún concepto. Según decía el firmante de la carta, se trataba de un asunto familiar y altamente sentimental.
—Pues a mí no me extraña tanto —dijo el otro—. La muerte es lo más importante que hay, muchacho, y la gente reacciona ante ella de forma muy diversa. ¡Tendría tantas cosas que contar! Desde aquella mujer que quería pagarme para que desenterrara el cadáver de su marido en el primer aniversario de su muerte. ¡Imagínate…! Hasta aquel hombre que pocas horas antes de morir me dio mil dólares para que cuidase de su perro y, cuando el perro muriese, lo enterrara con él, aun sabiendo que eso está prohibido. En fin, a mí no me extraña tanto ese capricho de un familiar que no ha querido dar la cara. ¡Y me he ganado cinco monedas de oro, qué cuerno!
—Bueno, es eso lo que quería decirte… Verás. Esta mañana he ido al Banco para saber lo que valían. Yo no tengo ningún dinero allí, pero mi mujer tiene unos pequeños ahorros.
—¿Y qué?
—Ha pasado una cosa increíble. A mí, un pelanas, me ha recibido el mismísimo director. Me ha dicho que esas monedas eran muy antiguas. Me ha dicho también que pertenecieron a la corte de… No sé, me lo he tenido que apuntar en un papel. Ah, sí… ¡A la corte de Bizancio!
—¿Y dónde está eso?
—No sé. Se ve que fue un reino que existió. La primera vez que el tío ha pronunciado ese nombre, yo creí que me insultaba.
—¿Y qué más?
—Ha ofrecido comprármelas.

—¿Por cuánto?

—Por ochocientos dólares, las cinco.

—¿Queeeé…?

—Una fortuna, chico.

—Y tú no se las has vendido, por lo que veo.

—No, porque no me fío de los banqueros. Yo sé que si el tío me ofrece ocho es porque valen veinte. De modo que he preferido poner un anuncio en los periódicos y venderlas directamente a un coleccionista. Mañana mismo me ocupo de eso.

Y mientras se secaba el sudor de la frente, sin salir aún de la sepultura, añadió:

—Pero el director del Banco se ha cabreado.

—¿Sí…?

—Ha empezado a hacer preguntas idiotas sobre el modo como yo había conseguido esas monedas. De manera que como yo soy un ciudadano libre y trabajo más que él, le he dicho no sé qué de su madre y me he largado. ¡Pues estaría bueno! ¡A ver si encima de tener que abrir una sepultura de noche he de darle explicaciones a ese tío!

El otro emitió una risita gutural mientras sacaba más aún la cabeza por el borde de la fosa.

—Oye, he tenido una idea.

—¿Cuál?

—Pues verás… Si un familiar ha tenido una colección de viejas monedas para dar ese gusto a los muertos, ¿quién sabe lo que habrá en los ataúdes?

—¿Quieres decir que…?

—Te haré un poco de historia. He repasado los papeles cuando nos han entregado los féretros en la administración del cementerio.

—¿Venían consignados aquí?

—Sí. Desde Rumanía. Los trajo un tal Kramer.

—¿Dónde está Rumanía?

—¡Y yo qué sé! Pero no está a la vuelta de la esquina, eso seguro. Tendrías que ver lo que costó el transporte.

—Bueno, ¿y qué has deducido de todo eso?

—El tal Kramer murió asesinado. La palmó en el almacén donde estaban depositados esos dos ataúdes.

—Pues sí que…

—Por lo que sé, nadie ha descubierto al asesino. Pero como los ataúdes estaban consignados en regla y todos los gastos habían sido pagados, la misma policía se ocupó de hacerlos llegar hasta aquí.

—Me parece muy normal. ¿Pero qué deduces tú de eso?

—Hombre…, ¿y tú?

Los ojillos de los dos hombres se habían iluminado a un tiempo.

Uno dijo:

—Caray… La conclusión está clara. Eso significa que pudieron matar al tal Kramer para robar lo que había en los ataúdes, pero la policía llegó antes de que los asesinos tuvieran tiempo.

—Ujú.

—Y desde entonces nadie ha podido tocar los féretros.

—Ujú.

—Y ahora los tenemos aquí.

—Ujujú jujurujú.

—Sin que nadie nos moleste.

Los dos rieron a la vez.

Se habían entendido a la perfección.

Tenían toda la noche para registrar a los muertos y adueñarse del mejor objeto de valor que hubiese en los ataúdes.

Volvieron las cabezas para mirarlos.

—Mira —dijo uno—. Ahí los tenem…

No acabó la frase.

De repente palideció como si fuera uno de los muertos con los que cada día tenía que tratar.

El otro ni eso fue capaz de decir.

Quedó con la boca abierta, aterrorizado, jadeante.

Los dos ataúdes se estaban abriendo.

Los dos a la vez.

Las tapas chirriaban.

Dos manos largas, afiladas, surgían de allí suavemente.

La luz espectral de la luna iluminó a los dos seres fantasmales que surgían del fondo de la muerte.

Un hombre y una mujer.

Los dos vestidos de negro.

Con las facciones color ceniza.

Sobre todo la mujer.

La mujer era espantosa.

Parecía tener mil años. Y sin embargo…

¡Sin embargo, había en ella algo inexplicable! ¡Algo que espantaba y que seducía a la vez!

Los dos sepultureros chillaron a un tiempo.

A pesar de su experiencia, estaban aterrorizados. Sus manos se aferraron a los bordes de las sepulturas en las que aún estaban metidos. De sus gargantas escapaban unos sonidos guturales que no eran nada, ni siquiera un grito.

Los dos cuerpos fantasmales acabaron de salir.

Y entonces ocurrió algo que parecía más inexplicable aún.

Alzaron sus ataúdes.

Parecían flotar en el viento, parecía como si para ellos nada absolutamente tuviese el menor peso.

Con dos gestos maestros y sincronizados volcaron los ataúdes sobre los dos hombres, uno en el interior de cada fosa. El peso y el aturdimiento hicieron que los sepultureros quedasen por un momento aplastados contra la tierra del fondo.

Cuando reaccionaron ya era tarde.

Intentaron salir, pero el peso del ataúd y la estrechez de la fosa no les permitían moverse. Además empezó a ocurrir algo espantoso apenas unos segundos después.

¡La tierra caía sobre ellos!

¡Les estaban enterrando vivos!

Trabajando con una enorme rapidez y con una admirable maestría, el hombre y la mujer llenaban de tierra las dos fosas. Como la tierra estaba depositada al borde, no tenían materialmente más que empujarla. En un instante los dos siniestros huecos estuvieron llenos otra vez.

Ni quedaba rastro de los dos sepultureros.

Ni de los ataúdes.

Cualquiera tenía motivos para suponer que la inhumación se había realizado perfectamente, puesto que el dar sepultura a los dos ataúdes había sido encargado por la administración del cementerio y además su emplazamiento estaba señalado en los registros. Y aquello ya no se tocaría más. Quizá no se tocaría en diez o doce años.

La mujer susurró:

—Lástima.

—¿Por qué?

—Necesitaba alimentarme. Nunca te ocupas de mí.

—Tú sabes que sí que lo hago, Opal. Lo que ocurre es que necesitábamos actuar aprisa para que esos dos bastardos no huyesen. Y necesitábamos actuar, además, de forma que no quedase rastro.

—¿Qué pensará la gente mañana, cuando ninguno de los dos aparezca?

—Ya has oído a uno de ellos. Ha estado en un Banco preguntando el valor de las monedas que yo envié por correo la otra noche.

—¿Crees que relacionarán una cosa con otra?

—Claro que sí. Todo se sabe en asuntos de dinero. Las propias familias creerán que esos dos desgraciados, que nunca habían visto ochocientos dólares juntos, se han largado a disfrutarlos con mujerzuelas y con alcohol. Durante algunas semanas esperarán que vuelvan. Luego, cuando la policía investigue en serio el asunto, ya se habrán perdido todos los rastros. En todo caso, a nosotros jamás nos buscarán.

Sonó una leve risita.

La mujer, pese a la edad que ahora aparentaba, tenía una dentadura maravillosamente perfecta.

—Vamos —dijo al fin—. No podemos perder tiempo.

—Cierto. No nos queda más que esta noche…

Y se alejaron los dos.

Flotaban como sombras.

Se movían como el viento…

CAPÍTULO III

La casa era de piedra y estaba magníficamente situada en lo alto de una pequeña colina, a la que se subía por un camino de herradura. No había más casas en las cercanías, aunque se estaban ya abriendo los cimientos de algunas. Un cartel indicaba en letras rojas:

CENTRO RESIDENCIAL DE RUG CENTER

Pero era la casa lo que llamaba la atención; la única casa que existía en aquellos contornos. Construida mucho tiempo antes, tenía esa solidez de las edificaciones antiguas; esa solidez de los castillos.

Un camino enarenado llevaba hasta la puerta.

El camino se iniciaba con una cancela blanca, en la cual otro cartel más pequeño indicaba presuntuosamente:

DOMINIOS PARTICULARES DE LORENA CUNIGAM
PROHIBIDO EL PASO

En verdad que los *dominios particulares* eran bastante extensos, pues la pared que rodeaba la casa se perdía casi de vista. Pero todo estaba algo descuidado, como si Lorena Cunigam no se ocupara demasiado de su propiedad. O quizá era porque viajaba continuamente.

Flotaba en aquel ambiente algo irreal.

Incluso hubiérase dicho que algo siniestro.

Sobre las dos almenas que formaban el tejado de la casa señorial empezaba ya a flotar la luna.

Un ruido de cascos de caballos se oyó de pronto llegando del camino de herradura. La luz casi irreal y mágica de aquella noche permitía distinguir incluso a buena distancia el magnífico carruaje

que llegaba desde lo que iba a ser Rug Center.

Se trataba de un vehículo cerrado, muy sólido, del que tiraban dos magníficos alazanes. Un cochero completamente vestido de negro los animaba de vez en cuando con su látigo para que no vacilasen al remontar la cuesta.

Por fin se detuvo ante la cancela.

Descendió y la abrió para que el carruaje pudiera pasar. Luego trepó de nuevo hasta el pescante y siguió su camino, para detenerse justamente ante la entrada de la casa.

Abrió la puerta.

Dentro del vehículo había una sola mujer vestida de negro. Sus ojos eran quietos, profundos y un tanto misteriosos. Tenía una edad indefinible, pero había en ella algo que no estaba en la cara de las demás mujeres: distinción, señorío, *clase*.

El cochero musitó:

—Señorita Lorena…

—¿Ya hemos llegado?

—Sí. Ya está en su casa.

Tendió la mano para ayudar a bajar a la mujer. Ésta contempló la casa vacía, solitaria, aquella casa de la que se desprendía algo así como un soplo helado y siniestro.

Negros nubarrones empezaban a flotar en el horizonte.

Algunos tapaban la luna.

—No sé como se atreve a estar sola en esta casa, señorita Lorena —dijo el cochero—. No lo entiendo, ¿sabe? Da escalofríos…

—Al fin y al cabo es mi hogar.

—Sí, ya sé…

—Fue la casa de mis padres.

—Oh, por supuesto.

—Y de mis abuelos.

—Perdone si he dicho algo que no debí decir, señorita Lorena. Pero me parecería mejor quedarme aquí con usted. Yo dormiría en las caballerizas, naturalmente.

Lorena Cunigam pareció pensarlo.

Al fin se encogió de hombros mientras decía:

—Está bien. Mejor será que no vuelva a la ciudad y así dará descanso a los caballos. No sé cómo estarán de provisiones las caballerizas, pero imagino que hay lo necesario. Ocúpese de todo.

—Sí, señorita.

El corpulento hombretón se alejó con el carruaje hacia el otro lado de la casa, mientras Lorena Cunigam abría la puerta principal.

Un cierto olor a cerrado la recibió en seguida.

Pero a ella, pertinaz visitante de todos los museos y de todos los anticuarios del mundo, aquel olor no le pareció desagradable, sino todo lo contrario. Para ella era un olor de hogar.

Encendió una lámpara de petróleo, pues aquel sistema era el único que podía utilizarse en la casa.

Un verdadero tesoro formado durante generaciones se mostraba allí. Los Cunigam, maniáticos coleccionistas, se habían casi arruinado, comprando lo mejor y lo más artístico que el mundo podía ofrecer. Sobre todo Lorena Cunigam, que era la última descendiente y no necesitaba ahorrar para nadie.

Había allí desde tallas románicas de España, todas de rigurosa antigüedad, hasta mármoles sacados del Foro de la vieja Roma, pasando por iconos rusos y apuntes de dibujos realizados por Rafael y por Leonardo de Vinci. Si los ladrones hubiesen sabido lo que valía todo aquello era posible que hubieran entrado en la casa aprovechando la ausencia de su dueña. Pero en una región tan despoblada nadie entendía de objetos de arte…

¿Nadie…?

¿Por qué tuvo entonces Lorena Cunigam la sensación de que alguien había pasado por allí poco antes?

El borde de una de las alfombras estaba doblado, como si lo hubiera pisado alguien. Y el polvo no se había depositado aún en aquel borde, lo cual indicaba que seguramente lo habían doblado sólo un par de días antes.

La mujer notaba también otros detalles que no acababan de gustarle.

Como por ejemplo un jarrón cambiado de sitio. La marca de su antiguo emplazamiento se marcaba todavía en el mueble.

O como, por ejemplo, una ventana mal cerrada a la que el viento hacia oscilar.

Lorena Cunigam oyó el sonido de los recios zapatones en el umbral de la casa.

Se volvió.

El cochero estaba allí. La larga capa le daba un aspecto casi

fantasmal. Sus ojillos duros y penetrantes brillaban en la penumbra.

Lorena se estremeció. No supo por qué.

Pero preguntó con un soplo de voz:

—¿Qué hace aquí?

—Acabo de dejar a los caballos en la cuadra, señorita. Y antes de instalarme yo, quiero saber si necesita algo. Por ejemplo que le encienda fuego en alguna chimenea.

—Sí… Tiene razón. Hace frío aquí…

—Iré a buscar leña, señorita.

La presencia del fornido cochero tranquilizó a Lorena Cunigam. Si alguien estaba en la casa, tendría que enfrentarse no sólo con ella, sino con aquel corpulento tipo acostumbrado a tratar a los caballos más rudos. De modo que, mientras el otro se alejaba, ella fue a ver si aún seguía intacto en la casa uno de los tesoros que más apreciaba.

Abrió la puerta que daba al sótano, y que estaba junto a una gran chimenea. Descendió por unos gastados peldaños de piedra.

Todo aquello era muy antiguo.

Lo habían construido sus abuelos en la época de la Declaración de Independencia.

Mientras avanzaba, Lorena iba encendiendo las lámparas de petróleo que encontraba a su paso. Y así hizo que una luz amarillenta y funeraria llegase hasta el último extremo del sótano.

Los dos ataúdes estaban allí.

Intactos.

Nadie se había atrevido a tocar aquellas joyas que parecían proceder de los últimos confines del tiempo.

Lorena Cunigam sabía lo mucho que le había costado encontrar aquellos ataúdes, los cuales había estado buscando por todos los rincones de los viejos castillos de Transilvania. Sabía lo mucho que le había costado trasladarlos a su país. Y estaba convencida de que eran los auténticos sarcófagos del conde Drácula y su esposa.

Claro que estaban vacíos.

Quizá el conde Drácula y su esposa no existían, ya desde hacía siglos. Quizá aquellos dos ataúdes eran su último recuerdo.

Lorena Cunigam fue a regresar.

A pesar de su afán de coleccionista y a pesar de lo mucho que le gustaba aquello. Se sentía deprimida en la atmósfera siniestra de

aquel sótano.

Se dispuso a salir.

Y entonces oyó un crujido.

Fue un raaac, muy leve.

Como si algo se alzase.

Lorena Cunigam se detuvo.

Sentía frío en la sangre.

Volvió la cabeza poco a poco, muy poco a poco.

El raaaaac se reprodujo.

Y entonces vio que se alzaba la tapa de uno de los dos ataúdes.

Una mano larga, blanca, distinguida, de afilados dedos, surgía de allí.

Y eso no fue todo.

La tapa se alzó completamente.

El hombre vestido de negro se sentó con una suave flexión, como si tuviera los músculos de un atleta.

Sus ojos quietos y profundos miraban fijamente a Lorena Cunigam, tan fijamente como si la hipnotizasen.

Se trataba de un hombre sin edad.

Un hombre que estaba más allá del tiempo y que no parecía de este mundo.

Y entonces Lorena Cunigam se dio cuenta de la terrible verdad. El ataúd del vampiro no estaba vacío… ¡El propio conde Drácula acababa de aparecer allí, ante sus ojos!

Tendió hacia ella sus largas, finas y blancas manos.

Salió del ataúd poco a poco, flotando como si su cuerpo estuviese formado de aire.

Lorena Cunigam sintió que aquel horror venía hacia ella, que sus brazos parecían envolverla como un mortal anillo. Corrió alocadamente hacia la puerta del sótano, pensando sólo en huir, pero se equivocó.

En lugar de abrir aquella puerta abrió la de una pequeña habitación casi contigua donde se guardaban herramientas.

Y entonces el cadáver pareció saltar hacia ella.

Se derrumbó como una cosa fláccida y que sin embargo trataba de enlazarla con sus brazos. Sus facciones estaban espantosamente blancas.

Diríase que aquel cadáver no había tenido sangre nunca.

Y entonces Lorena Cunigam comprendió la horrible verdad. Como en una serie de chispazos, desfiló ante ella lo que había ocurrido.

Imaginó al ladrón entrando en la casa.

Lo imaginó doblando inadvertidamente una alfombra. Y cambiando un jarrón de sitio.

Imaginó a aquel hombre descendiendo al sótano, pues debía pensar que allí se guardaban los principales tesoros de la casa.

Y lo imaginó… ¡encontrándose con el propio conde Drácula!

Aquél había sido el resultado. Un cuerpo sin sangre y que había sido depositado en un armario hasta que se descompusiese.

Pero Lorena Cunigam ya no pudo pensar más.

Los brazos del vampiro estaban allí.

Allí estaba su boca.

Sus largos dientes…

Allí estaba la muerte.

Notó un terrible dolor cuando los incisivos se hundían en su arteria. Y en seguida un suave sopor la fue venciendo, la fue dominando, la fue doblando…

Aquello, al fin y al cabo, no era más que la muerte.

Pero Lorena Cunigam aún no lo sabía.

* * *

El corpulento cochero, al entrar en la casa, oyó una especie de débil gemido en el sótano. Se detuvo a escuchar mientras mantenía entre los brazos los gruesos troncos con los que pensaba encender la chimenea.

El gemido ya no se repitió. Por el contrario, le pareció oír un crujido en el dormitorio que había al otro lado, a la derecha de la chimenea.

—Señorita Cunigam… —llamó—. ¡Señorita Cunigam!

Nadie le respondió.

El silencio más mortal parecía haberse enseñoreado de la casa.

Cada vez más extrañado, el hombre dudó entre ir al dormitorio o ir al sótano, pero al fin se decidió por el primero ya que era el que tenía más cerca. Soltando todos los troncos menos uno, puesto que

podía servirle como magnífica arma, empujó la puerta de madera noble.

Lo primero que vio fue que la cama estaba intacta.

Pero había unas prendas junto a ella. Unas prendas femeninas de rara suavidad, depositadas en el respaldo de las butacas.

El cochero las miró con asombro. Quizá nunca había visto unas prendas tan finas y al mismo tiempo tan pasadas de moda. El corsé de mujer, por ejemplo, era demasiado alto y demasiado rígido. Pero tenía una rara suavidad, una especie de dulzura que parecía situada más allá del tiempo.

¿Y qué decir de las medias? ¿Y de aquella camiseta casi transparente?

«Pero esto no puede ser de la señorita Cunigam… —pensó—. No puede ser…».

Oyó entonces aquella lenta risita a su espalda.

Era una risita chirriante y burlona que parecía llegar desde muy lejos.

Se volvió.

Nunca había visto una mujer con tan poca ropa y al mismo tiempo una mujer tan extraña. La más violenta seducción se mezclaba en ella a un *no sé qué* que repelía.

Llevaba unos largos cabellos que casi le cubrían la desnuda espalda. Sus ojos eran profundos y quietos. Reía, pero sin abrir la boca.

Los labios intensamente rojos mostraban una mueca burlona y seductora a la vez.

El cuerpo era curvilíneo y tentador, pero sin que se supiese por qué, *no era* como el de las demás mujeres.

Avanzó hacia él.

Una voz dulce y que parecía llegar desde lo más profundo del tiempo susurró:

—Ven…

El hombre estaba como hipnotizado.

No se movió.

El tronco que había de servirle de arma cayó pesadamente a tierra.

La mujer tendió los brazos hacia su cuello. Había en aquel gesto algo de amoroso y de horrible a la vez. Pero el hombre,

completamente aturdido, completamente hipnotizado, no supo moverse.

Los labios fueron hacia su cuello.

Nunca una mujer había tratado de besarle con tanta dulzura.

Pero de pronto sintió aquel violento dolor. Notó que unos dientes largos e incisivos como puñales se hundían en su cuello.

Trató de gritar.

Pero ya no pudo. Era tarde para todo, era tarde incluso para tratar de luchar.

Sintió que, de pronto, una brusca flojedad se apoderaba de él.

Sintió que se le doblaban las rodillas.

Que una brutal indiferencia se apoderaba de él.

Y tampoco él, como Lorena Cunigam, se dio cuenta de que aquello era la muerte.

PARTE SEGUNDA

LES VOY A HABLAR DE MI VIDA

CAPÍTULO PRIMERO

Siempre he pensado que Christie Woods es una de las mujeres más apetitosas que he conocido. Y ahora, cuando la veo ante mí, aterrorizada y jadeante, lívida e incapaz de resistir, pienso que he tenido razón, que he hecho bien al seleccionarla a ella entre ochenta o cien muchachas a las que podía haber atacado.

Durante casi diez minutos la he perseguido por los jardines solitarios hasta que ella no ha podido más, hasta que se ha declarado vencida. Christie Woods está un poco llenita y no hace demasiado ejercicio. Eso no quiere decir que no sea una mujercita maravillosa, llena de encantos que ningún hombre ha descubierto todavía. Pero entre la falta de costumbre y el miedo que la ha impedido respirar bien, se ha cansado tanto en diez minutos que ahora la tengo ante mí incapaz de dar un paso más apoyada en el tronco de un árbol centenario, mirándome con ojos suplicantes donde se leen por un lado el terror y por el otro la confusión más absoluta.

Me he acercado poco a poco.

Nadie nos ve, nadie nos rodea.

El edificio más cercano se halla a veinte minutos de carrera, pues he empezado a perseguir a Christie en un lugar completamente deshabitado. No nos van a interrumpir. Las luces que nos alumbran son muy lejanas y apenas rasgan las sombras.

Voy acercándome poco a poco.

Mis ojos están fijos en su cara.

Yo ya sé muy bien que mis ojos asustan al principio, pero después hipnotizan y en cierto modo tranquilizan a las víctimas. En algunos casos, mi presencia hasta les proporciona una especie de placer. Christie Woods, que al principio estaba completamente enloquecida, y que chillaba repetidamente, se ha ido calmando. Mientras me aproximo a ella me doy cuenta de que la confusión

está sustituyendo al miedo. Sí, eso es… Es confusión lo único que siente ahora.

Me coloco a dos pasos, mientras ella sigue apoyada en el tronco del árbol. Le corto la retirada. Pero no hago ningún gesto brusco, ningún movimiento más veloz que el otro, porque de lo contrario se vería sacudida por una nueva crisis de miedo.

Con una voz tranquilizadora, llena de suavidad, esa voz que he estado ensayando durante siglos, le digo a poca distancia:

—Vamos… Es una tontería ponerse así. Después de todo, entre tú y yo nada va a ocurrir que no haya ocurrido miles de veces.

—Pero es que tú…

—¿Yo qué?

—Tú nunca te habías mostrado más audaz que los otros, nunca me habías perseguido…

—Quizá es que sea más educado que el resto —he dicho.

—Te limitabas a ser amable conmigo —ha murmurado ella, mientras recobraba el ritmo normal de la respiración—. Sí, eso es: amable conmigo. Pero nunca te habías fijado en mi cuerpo ni dicho nada que no estuviera bien.

—Siempre he considerado tu cuerpo el mejor de todos, Christie.

Ella ha mirado, como si no se reconociera a sí misma, sus ropas de terciopelo largas hasta los pies, su collar largo hasta el pecho, su ancho cinto de cuero que más bien parece un cinturón de castidad puesto por fuerza. Esas ropas de gran dama del siglo XVIII le han impedido correr bien y la han fatigado mucho más de lo que se hubiera fatigado en otras circunstancias. Por mi parte yo he mirado mis ropas negras, mi larga capa, mis botas charoladas que delatan unos pies demasiado agudos, incluso un poco raros porque hasta no parecen de ser humano. Pero, por fortuna, en ellos la gente no se fija.

Christie Woods ha dicho:

—Nunca me habías insinuado que te gustara.

—Hay cosas que no hace falta decirlas.

—Pero es que yo…, yo reconozco que no soy guapa.

He estado a punto de reír, pero no lo he hecho porque entonces ella habría notado la anormalidad de mis dientes. Con una lenta cabezada me he limitado a susurrar:

—Claro que eres guapa. Y eres, entre otras cosas, la más

saludable de todas las muchachas que conozco.

Eso de *saludable* no le ha acabado de hacer gracia. Lo he notado. Una chica de su edad quiere ser algo más que *saludable*. Pero al mismo tiempo me he dado cuenta de que se tranquilizaba. El tono apacible de la conversación le ha hecho olvidar el terror de la carrera.

—¿Por qué me has perseguido? —ha preguntado.

—Porque me gustas.

—Pero…

—Sé razonable, Christie.

—También te pido que seas razonable tú —ha dicho—. Reconozco que lo de hace unos momentos, cuando corríamos los dos, ha sido ridículo. Yo enloquecida metiéndome en el bosque y tú detrás mío. Pero es que… no sé lo que me ha pasado. Cuando, al principio de todo, me has puesto la mano en el hombro de repente, me ha parecido que la mano no era tuya.

—¿Te has asustado?

—Sí, y no sé por qué. ¡Qué tontería! Ni que fueses el conde Drácula…

Yo he sentido otra vez unos vehementes, unos tremendos deseos de reír, pero me he aguantado porque mis dientes son una especie de tarjeta de identidad que no estoy dispuesto a enseñar hasta el último momento.

—Seamos razonables —ha dicho Christie—. Seamos sensatos… Si tanto te gusto no tengo inconveniente en que te acerques a mí, pero hay un límite del cual no quiero que pases Ya sé que otras chicas lo pasan, pero eso no me importa. Podemos pasar un rato juntos antes de regresar, pero hay cosas que no estoy dispuesta a perder, ¿entiendes?

He dicho que sí con una cabezada.

En realidad, la misma Christie Woods me ha propuesto con voz de chica razonable todo lo que necesito.

Sólo necesito que se esté quieta.

Que me deje estrecharla en mis brazos.

Luego…

La he abrazado con fuerza, pero el grueso vestido de terciopelo, largo hasta los pies, estorbaría los movimientos de cualquier amante. Ella ha dicho con voz trémula: «Qué estorbo, ¿verdad? Qué

lata…».

—Sí… Estos vestidos no dejan hacer nada.

—Me lo puedo quitar.

—Eres muy complaciente, Christie…

—Bueno, pero sólo eso.

Ha sonreído. Yo me he acercado a su cuello, lentamente, con mucha parsimonia.

Estamos a tan poca distancia que apenas distingo su expresión, pero he visto la sorpresa en sus ojos.

Christie Woods esperaba que la besase en la boca.

¿No es eso lo lógico?

Pero en lugar de eso tan natural, eso que esperaba, me he acercado a su cuello. Ella ha musitado, con cierto gesto de chica resignada:

—Qué manera de empezar… Vicioso…

Y ha añadido:

—Pero no me muerdas…

De pronto ha notado aquella cosa extraña. Ha notado aquella cosa increíble que estaba en su piel y empezaba a estar en su sangre. Ha captado ese olor que yo desprendo, el olor inconfundible a muerto que sólo se percibe cuando me encuentro a poquísima distancia.

Los dientes han penetrado en sus arterias.

Yo sé bien lo que pasa con ese gesto repetido miles de veces. Al principio ha sentido un dolor muy vivo, como si a uno le clavaran una inyección intravenosa sin tener cuidado, pero inmediatamente después el dolor ha cesado para ser sustituido por la sorpresa. Yo sé muy bien, además, que la mayoría de las mujeres, la inmensa mayoría, no se dan cuenta al principio de que me estoy bebiendo su sangre. Sencillamente, es que no lo pueden imaginar siquiera. Cuando lo advierten, ya es demasiado tarde. No sólo porque ya no suelto mi presa, sino porque el horror y la pérdida del precioso líquido las hace desmayarse en seguida.

Mi trabajo es más sencillo de lo que muchos creen. Todo consiste en ser educado, en mantener un cierto tono y en no precipitarse.

Pero Christie Woods se ha dado cuenta en seguida. Su ingenuidad de muchacha que ha crecido en el campo le ha hecho

darse cuenta de la increíble verdad. Bruscamente, con sus fuertes brazos llenos de salud, me ha arrojado hacia atrás y me ha situado a casi cinco pasos.

Y entonces lo ha visto.

Todo.

Mis dientes afilados y que sobresalen por encima de los labios cuando los hago trabajar.

La sangre resbalando por mi barbilla.

Los ojos que se me salen de las órbitas.

Las manos tensas, formando garras.

La sangre que a ella le brota del cuello y que le llega a resbalar entre los pechos.

Se ha dado cuenta de algo que jamás creyó, ha visto la muerte con sus propios ojos, se ha enfrentado a un lejano horror del que le hablaron en sus días de niña, pero que nunca tomó en serio. Y ahora está aquí. Ese horror soy yo. Desde el fondo del tiempo he saltado porque la necesito a ella y porque no quiero perder mi presa.

Se ha revuelto desesperadamente, tratando de rodear el árbol. Pero no la he dejado. Me he arrojado sobre ella con esa habilidad que sólo yo tengo, con esa experiencia adquirida en miles de situaciones semejantes y que ya no puedo olvidar.

El vestido se ha desgarrado.

Tiene bonitas piernas la tal Christie Woods. Seguro que los chicos de su edad no la aprecian todo lo que ella merece. Y con sus medias cortas de mujer del siglo XVIII tienen un aspecto nuevo y excitante que quizá me ilusionaría incluso si yo no tuviera en este instante una necesidad mucho más perentoria:

Hambre.

Deseo absoluto de vivir.

Mientras ella intentaba chillar desesperadamente, le he puesto una mano en la boca y le he clavado sabiamente los dientes en el cuello, buscando la herida que conduce directamente a la arteria. Como un susurro, como una súplica lejana que llegara desde el fondo de su desesperación le he oído decir:

—Por favor… No…

Pero ya es mi prisionera.

De los dos que estamos aquí, rodando por la hierba húmeda,

sólo yo debo vivir.

La he sujetado fuertemente por el pelo.

Así ya no puede moverse.

Y he hincado mis dientes más y más, hasta que sus ojos se han desorbitado. He devorado materialmente la vida de esa muchacha sana, de esa robusta campesina donde varias generaciones pusieron lo mejor de su savia. Mientras lo hacía, he notado que un nuevo vigor me llenaba por completo, que el que me hinchaba de vida era yo. Lo que estoy haciendo me permitirá vivir al menos dos semanas en plenitud de facultades, pero no debo descuidarme ni llegar el último límite, como había hecho ahora. Desde mañana tendré que empezar a fijarme en una nueva víctima y desde pasado mañana tendré que empezar a prepararla para el gran sacrificio.

Me he puesto en pie.

La sangre aún gotea desde mi barbilla.

Ha manchado la cara de Christie.

La piel pura, limpia y blanca de la muchacha.

Tan blanca…

Es terrible ver esa falta de color. Sé que los que la descubran se estremecerán, pero yo ya estoy acostumbrado. También es terrible ver sus ojos desencajados, su boca donde ha quedado cristalizado un rictus de angustia como si aún gritara: «¡No…!».

Con sus propias ropas, me he limpiado la mandíbula bien, de forma que no se nota en absoluto que he bebido sangre. Tampoco se nota en mis ropas, pues mi experiencia me impide manchármelas. Unos minutos después soy otra vez un caballero impecable que pasea por el bosque.

Me he alejado del cuerpo sin vida de Christie Woods.

De sus piernas que la gente no ha sabido apreciar.

De su boca crispada.

De sus ojos desencajados donde mi cara ha quedado retratada hasta el fin de los tiempos…

CAPÍTULO II

A poca distancia del sitio donde yace Christie Woods está el castillo de Raimangen. Se trata de una fantástica fortaleza teutónica, con sus almenas y su torre del homenaje, con su puente levadizo y con su caudaloso río que casi la rodea y que le sirve de foso. No hay nadie en ella. Sobresaliendo por encima de los árboles del bosque produce un efecto espectral, alucinante, como si hubiera brotado del fondo de la noche.

Los caballos de los guerreros teutónicos se encuentran a poca distancia. Sólo distingo a un vigilante que cuida de ellos, un hombre alto y vestido casi enteramente con malla de acero. Su casco puntiagudo termina en una auténtica flecha.

Lleva una lanza de más de dos metros de larga, una auténtica alabarda cuyo extremo podría deshacerme el pecho con sólo un leve empujón. La apunta hacia mí. Por un instante noto el acero acariciándome casi las costillas y capto la mirada penetrante del guerrero. Pienso si no se habrá dado cuenta de algo, si no querrá inmovilizarme allí hasta que lleguen los otros.

Pero en lugar de eso ha dicho:

—¿Tienes un cigarrillo?

—¿Emboquillado? —he preguntado yo—, ¿o sin emboquillar?

—Un Players me gustaría mucho. Ya me he dado cuenta de que tú siempre fumas tabaco inglés.

He extraído el paquete y se lo he dado entero. Yo fumo muy poco porque dicen que el tabaco acaba perjudicando los pulmones y la sangre. Luego he mirado desde el ángulo en que está él, la imponente fortaleza de Raimangen.

Quizá nunca he visto una cosa mejor hecha.

El cartón imita tan perfectamente la piedra que el efecto resulta sobrecogedor. Toda la fortaleza es fachada, todo es una fantástica bambalina de decoración cinematográfica, pero a la distancia a que

yo me encontraba antes nadie hubiera dudado de que se trataba de una fortaleza auténtica. El hombre que ahora fuma a mi lado es un estudiante de leyes que se gana algún dinero como extra para pagarse las matrículas. La misma Christie Woods había sido contratada como dama de honor porque unos dólares le hubiesen venido bien, a pesar de lo que le enviaba cada mes la familia desde la próspera granja de Iowa.

Casi todos los extras para la película de gran espectáculo *Los caballeros de la Cruzada Negra* han sido contratados en la Universidad de Clayville, a la que pertenezco. No sólo los escenarios naturales eran que ni pintados para la acción del filme, sino que los promotores han pensado que entre los alumnos de la Universidad cercana siempre tendrán un abundante número de extras bastante inteligentes, baratos y, sobre todo, sin líos sindicales.

El de la lanza me ha dicho:

—¿Has visto a Christie?

Me he estremecido un momento. Desde hace siglos me plantean preguntas acerca de mujeres a las que he visto por última vez, y, sin embargo, no he logrado acostumbrarme del todo. Siempre pienso que se ha de ver en mi cara la señal de la sangre. Pero me he encogido de hombros y he contestado:

—¿Christie? ¿Christie Woods? No salgo con ella.

—Es que en realidad con ella no sale nadie. Tiene miedo de que le metan mano.

—Pues no sabe lo que se pierde —he dicho yo, aunque sé de sobras que esos goces, repartidos desde el primer día del mundo, son muchas veces pura fantasía.

Yo, que he asistido a las costumbres sexuales de la alta burguesía francesa del siglo XIX, por ejemplo, o de los grandes caballeros ingleses del siglo XVIII, me doy cuenta de que toda esa caterva de jóvenes melenudos y chicas masculinizadas que pueblan hoy las discotecas no son más que unos desgraciados que se limitan a acariciarse en los coches mientras ponen una *cassette* con música de moda.

Pero uno ha de habituarse al tiempo en que vive.

Con gesto de indiferencia he añadido:

—Se habrá ido a dar un paseo. Ya vendrá cuando llegue la hora de rodar. Falta poco, ¿no?

—Media hora. Se está preparando el ataque a la fortaleza y yo debo dar la alarma. Las máquinas las instalarán allí.

—Bueno —he dicho—, entonces no quiero estorbar. Como no estoy contratado, me largo.

—Oye… Parece como si vinieras de una fiesta…

—¿Por qué?

—Ese traje negro…

—Siempre visto de negro —le he contestado con cierto tonillo de dignidad—. Y, en efecto, vengo de una fiesta. Buenas noches.

Y me he dirigido hacia los terrenos de la Universidad, en cuyo borde mismo trabajan los técnicos de la United Films. Todo está envuelto en la noche, y sólo las ventanas brillan como luciérnagas. Las clases nocturnas han terminado. Porque yo estoy matriculado en las clases nocturnas, como pueden imaginar ustedes. Durante el día no me ha visto nadie jamás, desde el principio del tiempo.

He salido a la carretera que lleva a Rug Center, la ciudad donde vivo. Una pequeña localidad donde habitan muchos universitarios que no han encontrado alojamiento en la propia institución docente.

Por fortuna no me he entretenido mucho con Christie Woods. Aún he llegado a tiempo de alcanzar el autobús de las once cuarenta. El cobrador me conoce y me ha saludado afectuosamente.

—Parece que venga de una fiesta…

—Sí. Y no sabe usted qué fiesta —he dicho.

Me siento fuerte como nunca. Me siento lleno de deseos de brincar y cantar. Pero he de ser astuto porque la gente no tiene que notar en mí el menor cambio de carácter.

He llegado así, en el autobús casi vacío, al extremo sur de Rug Center, donde está mi casa, una elegante mansión de un solo piso, edificada sobre una elevación del terreno, lo que le da una magnífica perspectiva. Es una casa funcional, moderna y donde parece vivir una persona amante de las últimas modas. Con paso tranquilo he atravesado la calzada, he sacado el llavín y he entrado en la casa.

CAPÍTULO III

Ruth, con la alegría de sus doce años brincándole en los tacones, ha venido en seguida a mi encuentro.

—¡Tío George! ¡Tío George!

Se ha colgado de mi cuello y me ha besado. Yo he notado su sangre caliente, palpitante, circular por debajo de la fina piel.

De todas las personas del mundo a las que podría atacar, de todas las mujeres que podrían alimentar mis ansias de vida, ésta, Ruth, a sus doce años, es la que me resultaría más fácil y hasta más apetitosa, puesto que está llena de savia nueva. Pero yo soy muy práctico y tengo una experiencia de siglos. Cuando ataco a alguien, tiene que ser para lograr un chorro de vida que me llene y me dure un largo tiempo. Una niña de doce años es el equivalente de lo que le ocurriría a un cazador hambriento que, pudiendo cazar un jabalí, se dedicara a una liebre. De modo que he besado también a Ruth, le he dado un cachetito y le he preguntado:

—¿Ya has estudiado algo?

—Sí, tío George.

—Pues adelante.

Hemos entrado en la sala. Allí están las otras cuatro personas con las que convivo habitualmente, las que todas las noches llenan, por decirlo así, mi vida de hombre solitario.

La primera es Evelyn, prima de Ruth. Evelyn tiene diecinueve años y representa para mí una presa tan apetecible, tan deseable que hasta ahora no me he atrevido ni a rozarla. Es mi objetivo supremo, pero no puedo atacarla ahora porque se desharía toda la combinación. Mientras tenga otras presas a las que atacar, Ruth y su familia me proporcionan una magnífica pantalla de persona honorable.

Ella está sentada junto a la mesa, como de costumbre, y me enseña mucho las piernas. Como ha intuido, con su típica

perspicacia femenina, que yo soy un hombre de gustos antiguos, no lleva medias *panty*, sino de las otras. La exhibición que me ofrece todas las noches podría enloquecer a cualquiera.

No imagina que yo soy absolutamente distinto de todos los demás. Tengo una vida eterna si sé cuidarla, pero no tengo sexo. No puedo reproducirme. Las formas de las mujeres despiertan en mí una gran admiración, porque soy un viejo amante de la belleza. ¿Quién puede haber visto tanta belleza como yo a lo largo de los tiempos? Me estaría horas y horas admirándolas, porque para mí son las esculturas más perfectas de la Creación. Pero, en contra de lo que Evelyn piensa, las mujeres no despiertan en mí ninguna pasión. Unas preciosas piernas con unas bonitas medias me admiran, pero no me excitan. Jamás haré lo que ella piensa que un día puedo hacer, porque no me interesa ni lo deseo. Ni podría hacerlo. Si Evelyn supiese de mí lo que han sabido otras mujeres, chillaría de horror.

Junto a ella está Heston. Heston es un profesor ya maduro que viene solamente para oírme hablar. Su buena fe resulta admirable. Ha descubierto de pronto que un alumno de la Universidad sabe bastante más que él. Me admira y me llama *maestro*, cuando en realidad es él quien tiene el título de maestro oficialmente, no yo.

Por fin están las otras dos mujeres, además de Evelyn. Una de ellas es Mónica, una viuda de unos treinta años que está llena de secretas ansias. Yo la sitúo, en el orden de mis preferencias, detrás de Evelyn, por lo cual la tengo perfectamente marcada para cuando el día llegue. Pero por el momento es sólo una alumna que toma apuntes para un libro que está escribiendo sobre la historia de los primeros inmigrantes europeos a los Estados Unidos.

Yo creo que está un poco celosa de Evelyn. A la viuda también le gusto, porque dice que me encuentra *distinto*. Dice que ya no se encuentran *señores* como yo. Y los encantos con los que intenta llevarme a su órbita son constantes atenciones, pequeños regalos y cortesías, porque sabe que en cuestión de piernas nunca podrá competir con Ruth. Pero me las enseña, de todos modos, y me pone de manifiesto a cada momento que ella, a sus treinta años, tiene muy pocas cosas desdeñables.

Por fin está Nelly. La buena y simpática Nelly, a sus veintiocho, es de una ingenuidad encantadora, porque no se ha dado cuenta del

tejemaneje que se llevan las otras dos mujeres en esta casa. Su salud envidiable, su juventud, su sangre poderosa han hecho que yo también la admita en mi círculo porque sé que un día voy a necesitarla. Pero no trata de provocarme ni se fija demasiado en mí, quizá porque no soy yo quien le da la clase. Ella está preparando un libro de cocina bajo la dirección de mi esposa Opal… Pero Opal, mi mujer, no se encuentra en este momento.

Heston me ha saludado respetuosamente al verme entrar, como hace siempre.

—George, maestro —me ha dicho—, ¿sería posible que mañana le llevase a dar una conferencia a la Universidad de Indiana?

—La Universidad de Indiana no está lejos de aquí —le he dicho —. ¿A qué hora?

—A las doce del mediodía.

—Imposible, profesor Heston. Lo siento.

—Hay cosas de usted que no entiendo, George.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Está matriculado en las clases nocturnas cuando tiene el día libre. O al menos nadie sabe que durante el día haga usted nada.

—Duermo —he contestado.

—¿Duerme desde que sale hasta que se pone el sol? Pero eso no puede ser sano de ninguna manera…

—Es una costumbre —he dicho—. Ya sé que tengo la piel algo blanca para las costumbres de ahora, pero los antiguos no creían en los efectos beneficiosos del sol, a los que por el contrario atribuían ciertos daños. Hoy día los médicos ya insinúan que los rayos solares producen cáncer en la piel. Puede que yo esté equivocado, pero me atengo a las viejas normas. Además también hay vigilantes, policías, enfermeros y periodistas que duermen de día y trabajan de noche.

—Pero no pierden tantas oportunidades como está perdiendo usted, George, maestro. Si hay que dar una conferencia, la dan. Usted es uno de los hombres que más saben sobre el siglo XVIII, en Europa y sin embargo está matriculado como un modesto alumno en una universidad de segunda categoría. Podría ser famoso si acudiese a Indiana y a otros sitios que yo le recomendaría.

—Es que no me interesa la fama, profesor Heston.

Evelyn me ha dicho insinuantemente:

—¿Y las mujeres…?

He preferido no contestar.

—Lo que me interesa de una manera esencial es la ciencia —he dicho—. Concretamente la historia. Como todos ustedes saben, he estudiado hasta hace poco en París y en Berlín, y hablo veinticuatro idiomas, algunos de los cuales están ya en desuso. Pero me interesa conocer el concepto que de ciertos hechos históricos se tiene en Norteamérica y por eso estoy aquí.

—Con veinticuatro idiomas se podría usted ganar la vida fabulosamente bien —me ha dicho la viuda—. Sería el técnico de la ONU mejor pagado del mundo.

—No me interesa el dinero. Sólo la ciencia, ya lo he dicho. Con lo que me pagan ustedes por unas clases nocturnas tengo suficiente para vivir.

Y he empezado mi trabajo de todas las noches. Éste es sencillo para mí, porque me limito a repetir cosas que he ido aprendiendo a lo largo de los siglos y que los libros no cuentan. Por ejemplo, yo he vivido en la corte de Federico de Prusia. Yo he seguido día a día las campañas de Napoleón. He paseado con los grandes burgueses del París de Luis XVIII y de Carlos X, cuando existían el auténtico lujo y la auténtica depravación, pues algunos de mis conocidos corrompían a las aprendizas del baile de la Opera cuando éstas sólo tenían doce años. Podría explicar sobre la génesis de la Revolución rusa cosas escandalosas que harían tambalearse muchos prestigios, pues estaba en San Petersburgo cuando se produjo el asalto al Palacio de Invierno. Todo eso no tiene en mí ningún mérito. Son cosas que he visto.

Pero comprendo que a un hombre como Heston eso le parezca maravilloso. Escribe un libro con lo que yo le cuento, y lo que lamenta —pues es un buen hombre— es que el libro no quiera firmarlo yo. Evelyn prepara su licenciatura en Historia y, gracias a lo que yo cuento por las noches, obtiene las máximas calificaciones posibles. Mónica, la viuda, escribe ahora una tesis doctoral, que el hecho de casarse no le dejó terminar.

La pequeña Ruth nos acompaña por ser prima de Evelyn, a fin de que ésta no regrese sola a casa. En cuanto a Nelly vive aquí, con nosotros. Es la única que vive en la casa del horror y no lo sabe. Ni le daremos tiempo para que lo sepa nunca.

Evelyn ha musitado:

—Hace dos noches entré en tu clase cuando el profesor explicaba el Siglo de Oro español. Tú estabas dormido.

—Puede que sí —confesé—. Algunas veces me duermo.

—Sin embargo, luego te hizo un par de preguntas y le apabullaste. Le diste una lista no sólo de todas las obras de Tirso de Molina, sino de una serie de ideas y escritos inéditos que se encuentran en el Archivo de Indias. El pobre hombre creyó incluso que le engañabas e hizo una rápida consulta en la sección de microfilmes. Bueno, pues resultó que habías dicho la verdad.

—Es que George es un genio de la Historia —elogió Heston—. Debería estar enseñando y no aprendiendo. Con las cosas que decimos nosotros, los pobres profesores imbéciles, no me extraña que se duerma.

—¿Qué edad tiene, tío George? —me preguntó Ruth.

He sonreído sin abrir la boca.

Siempre son las niñas inocentes las que hacen las preguntas más comprometedoras para uno.

—¿Tú cuántos crees, Ruth?

—Yo diría que treinta.

—Eso es —he dicho—. Justamente treinta. Recuerda que mañana te dé un dólar por haberlo adivinado.

—Tu edad es indefinible —ha dicho la viuda con sus ojos entrecerrados—. Absolutamente indefinible. Quizá por eso tienes algo…

Me he limitado a no hacer caso, como siempre, porque ya durante la guerra franco-prusiana de 1870, las mujercitas de París me decían eso mismo. Si hubiese de hacer caso de las insinuaciones de ciertas damiselas, estaría listo. Por ello me he limitado a terminar mi clase y a despedirlos a todos cuando estaban a punto de dar las doce.

Entonces he quedado solo.

Bueno, sólo con Nelly.

Ella es la única que vive en la casa, como he dicho. Nelly está a sueldo de una editorial que le ha encargado escribir una verdadera Enciclopedia de la Cocina. Ese trabajo es muy difícil, porque de casi ningún plato antiguo se encuentra la auténtica receta. Hasta que de pronto el destino la llevó a conocer a Opal.

Opal fue una auténtica revelación para ella.

Sabía todos los platos, todas las recetas. Parecía como si se hubiese metido en las cocinas de doscientos años atrás, cosa que era cierta, aunque Nelly estaba lejos de imaginarlo. Tan entusiasmada se sentía que se había quedado a vivir en la casa, y nosotros no nos habíamos atrevido a echarla. Bien pensado, Nelly daba allí una gran sensación de normalidad, de casa *como las otras*, y como era asombrosamente ingenua, no había notado ningún detalle que le llamase la atención.

Claro que, ¿cómo podía imaginar la verdad? Porque la verdad es inimaginable cuando está demasiado lejana.

La puerta se cerró.

Todas las puertas de aquella habitación estaban cerradas.

Lo recuerdo muy bien.

Nelly lanzó entonces un gritito.

Le había ocurrido como otras veces. Opal no tenía la menor prudencia. Opal acababa de aparecer allí como otras veces, sin que ninguna puerta se abriera, brotando de repente ante los ojos de Nelly como algo sobrenatural. No se daba cuenta de que algún día aquello estallaría por algún sitio, no se daba cuenta de que determinadas cosas no se podían hacer.

Pero siempre recordaré a Opal tal como estaba aquella noche. La vi demacrada, delgada, envejecida, como si de repente el polvo de los siglos se hubiera depositado sobre ella. Fue en su tiempo la mujer más bonita de Austria, pero ahora no lo parecía. Incluso jadeaba un poco, y temí que enseñase los dientes.

Nelly gimió:

—No lo entiendo… Siempre aparece usted como si pudiera pasar a través de las puertas…

—Es que he abierto yo —dije—. Usted no se ha dado cuenta, Nelly, porque estaba de espaldas.

—Perdone… —susurró Nelly, sin pensar ya más en aquella serie de casualidades—. ¿Pero qué le pasa, Opal? Tiene usted muy mala cara. Al contrario que su hermano, que está más joven que nunca…

Para los demás, Opal y yo somos hermanos. De común acuerdo decidimos hace ya mucho tiempo que eso compromete menos. Y yo me di cuenta con un sentimiento de temor de lo que a Opal le estaba ocurriendo.

Nos habíamos descuidado mucho.

Llevaba dos semanas sin alimentarse.

Yo tenía que haberle proporcionado una víctima. Lo acordado era que trajese a Christie Woods a la casa para utilizarla los dos, pero las cosas no habían rodado bien. Ahora Opal estaba ansiosa, intranquila. Podía morir.

Movió las largas mangas de su vestido negro.

—Venga al cuarto de baño, Nelly —dijo—. Quiero enseñarle cómo se colorea un plato con jabón de tocador.

—Nunca lo había oído decir.

—Es una vieja especialidad francesa ya en desuso, pero usted misma verá que resulta admirable. Lo he preparado todo allí. Acompáñeme.

—Claro…

Nelly la siguió.

Una de las cosas que debía haber llamado la atención a Nelly era que el cuarto de baño estaba siempre perfectamente limpio de todo residuo orgánico, porque nosotros no necesitábamos utilizarlo. También debía haberle sorprendido que cerrásemos con tanto cuidado la puerta de nuestro dormitorio y que la única ventana tuviese la persiana atornillada a la pared. Y el hecho de que Opal nunca probase un solo plato de los que hacía.

Pero lo que hubiese debido pensar era tan inimaginable que no había pasado por su mente ni un solo instante. De modo que entró en el cuarto de baño.

Yo hice una seña desesperada a Opal.

No nos convenía.

No, no era el momento de aprovechar una víctima tan fácil, cuando podíamos conseguir otras. La muerte de Nelly nos comprometería mucho. Era mejor tener paciencia, era mejor que…

—¡Opal! —grité—. ¡No lo hagas!

Nelly no lo entendió.

Yo había empleado un dialecto turco usado por los musulmanes cuando dominaban en gran parte de Rumanía.

Pero Opal sí que lo entendió perfectamente. Y sin embargo, sus labios fueron hacia el cuello de la mujer.

Ella se sorprendió.

—¿Por qué va a besarme? —dijo.

Y de pronto vio algo turbio en los ojos de Opal. De pronto vio

algo que no había visto nunca. Pero lo interpretó al revés, porque la auténtica verdad no podría imaginarla nunca.

—Déjeme… —dijo—. Usted no puede ser de ésas… No puede ser una mujer extraviada de las que buscan a las de su propio sexo… Y menos aquí, delante de su hermano…

Me di cuenta de que ya era tarde.

Después de la primera sospecha de Nelly, aunque ésta fuera equivocada, Nelly tenía que morir.

No nos convenía ningún comentario en la vecindad.

Y además nadie hubiera podido detener ya a Opal y su sed de sangre. Opal estaba como enloquecida. Hundió sus poderosos incisivos en el cuello palpitante de Nelly mientras ésta gemía:

—¡No…!

Pero aún seguía sin imaginar la verdad.

Yo le sujeté la boca para que no gritase. También la atenacé por medio de una llave mil veces ensayada y que me permitiría tenerla rigurosamente quieta.

Convenía que la arteria no escapase de la boca ávida de Opal.

Si la víctima se mueve demasiado, se pierde sangre.

Y no nos convenían las manchas delatoras, aunque para eso había traído mi mujer a Nelly hasta el cuarto de baño.

La oí gorgotear.

Su festín era casi repugnante. Gozaba demasiado con él. Y como yo ya estaba harto, me pareció incluso macabro.

Pero la ayudé manteniendo quieta a Nelly, ya que de lo contrario Opal no hubiese podido darse aquel festín. Opal, al contrario que yo, no tenía demasiada fuerza ni podía enfrentarse a una mujer sana y bien alimentada de las que hay ahora. Lo suyo eran las niñas.

Por eso yo solía ayudarla.

Y ahora lo hice también, aunque de vez en cuando rechinaran mis dientes porque me daba cuenta de que cometíamos un terrible error.

Por fin de Nelly no quedó nada.

Fue una cosa blanca, fláccida.

La dejé caer en la bañera para que acabase de perder la poca sangre que le quedaba sin manchar nada importante.

Opal, por unos momentos, estuvo repulsiva. La sangre le

manchaba la cara por completo. Y ahora se pasó la lengua para aprovecharla mejor.

Yo sentía una especie de náusea.

No puedo tolerar la mala educación. Ni la gula. No comprendo de qué le habían servido a Opal tantos siglos de moverse en los mejores ambientes del mundo.

—Más vale que te limpies —dije.

Ella me obedeció.

Jamás Opal se ha atrevido a discutir mis órdenes, aunque esta vez el miedo a morir la hubiese hecho abalanzarse sobre Nelly en contra de mi voluntad.

—Ha sido un terrible error —dije al cabo de unos instantes—. Esta mujer nos proporcionaba una magnífica fachada de normalidad.

—Tonterías. Hubiera acabado sospechando algo.

—No lo creo. En todo caso ahora será peor. Tenemos que justificar su desaparición de una forma u otra.

—Ya pensaré algo —dijo tranquilamente Opal—. No es la primera vez que nos encontramos en una situación semejante.

—Y habrá que hacer desaparecer el cuerpo…

—También me ocuparé de eso; no temas.

—No, yo no temo —dije—. Lo que ocurre es que podía haberte proporcionado mañana una víctima mejor.

—No sé si hubiese llegado a mañana… Últimamente te has estado ocupando sólo de ti. Incluso esta noche te habías dado un festín. Lo he notado en seguida en tu cara.

—Es cierto. Y pensaba atraer a la estudiante hasta esta casa, pero no ha sido posible.

—Quizá no hubiese llegado a mañana —insistió Opal sombríamente, mientras su cara cambiaba poco a poco—. Esta vez había agotado demasiado todos los límites. Ya no podía más y por eso me he lanzado.

Me encogí de hombros.

De nada servía discutir. En todo caso, era evidente que disponíamos de toda la noche para pensar algo.

Opal movió los mecanismos del despertador.

Había despertadores en toda la casa. Y todos de las mejores marcas y de una perfecta exactitud.

No servían para despertarnos, por supuesto.

Pero sonaban en todas partes media hora antes de que apareciese el sol. Cada día los adelantábamos o retrasábamos, según la latitud en que estuviéramos y según la estación del año. Ningún observatorio del mundo tenía tan bien estudiadas las horas del sol como nosotros. Un descuido en este aspecto, un solo descuido de minutos, nos costaría la vida.

Opal susurró:

—Tenemos veinticuatro horas de tranquilidad por delante. Más vale que descansemos y nos vayamos reponiendo.

Como mucha gente sabe, Opal y yo solemos descansar después de un banquete. No es exactamente una digestión, puesto que nosotros no digerimos nada. Todo lo que consumimos está ya *elaborado*. Pero nos conviene una especie de letargo, unas horas durante las cuales quedamos adormilados y en perfecto reposo. Es esa satisfacción del que está ahíto y ve el mundo con los colores más risueños.

Algunos han comparado nuestro reposo al de las serpientes después de tragar una víctima. No estoy de acuerdo, y considero que la comparación es repugnante. Mi rango y el de Opal, nuestra forma aristocrática de conducirnos, impiden que se nos pueda comparar a animales tan bajos y repulsivos.

Ella, como todas las mujeres, se puso un poco pesada. Insistió:

—Vamos a descansar.

Yo sabía muy bien lo que quería. Aunque hemos perdido nuestro sexo, una serie de caricias mutuas, un sentirnos cerca uno del otro hace que nuestras horas se hagan más llevaderas y que nos comportemos en cierto modo como un matrimonio normal. Pero yo no admití sus palabras esta vez.

La visión de Nelly en la bañera, me aturdía. Por descontado que en cuanto saliese el sol quedaríamos inutilizados por completo. Y al ocultarse el sol al día siguiente, ya casi estarían llegando los alumnos para las clases. Me asustaba pensar en lo que ocurriría si alguno de ellos deseaba utilizar el cuarto de baño.

—No puede ser —dije—. Hay que aprovechar esta noche. No creas que nos sobran demasiadas horas para hacer desaparecer ese cuerpo.

—Podríamos irnos de aquí —dijo ella—. Desaparecer… ¡Al fin y

al cabo hemos vivido en tantos sitios distintos…! Y te confieso que no acaban de gustarme los Estados Unidos, con su feroz materialismo.

—A mí sí —dije—. Es el lugar del mundo donde he visto que las mujeres son más confiadas. Una chica desaparece y durante tres meses al menos los padres piensan: «Bueno, se habrá ido con cualquier novio. Ya dará señales de vida. ¡Mientras no vuelva embarazada…!». Eso nos da magníficas posibilidades de acción. ¿Y qué decir de la salud de las chicas de aquí? La sangre de todas ellas es de primera. Han sido bien alimentadas desde que nacieron. No sé si te habrás dado cuenta de que una sola *sesión* de aquí nos sirve como dos de las que hemos tenido en otros sitios.

—Entonces, si nos quedamos aquí, ¿cómo hacemos desaparecer a esa golfa?

—Tendré que convertirme en un honrado seductor —le he dicho—. No es que la cosa me guste, pero tampoco puedo elegir. Voy a fugarme con esa pobre idiota…

CAPÍTULO IV

Una de las cosas que he aprendido a lo largo de los siglos es a maquillarme y transformar mi personalidad con auténtico arte. Creo que, en este sentido, muy pocas personas saben actuar tan bien como yo. Además dispongo de un abundante guardarropía que cuido de renovar en todas las ciudades, pues una de las cosas que debe procurar es no tener el mismo aspecto en todos los lugares, al menos al principio.

De modo que una hora después yo estaba convertido en un joven deportista al que no faltaba ni el saco con los instrumentos del golf. Un tinte moreno en manos y rostro me ha dado un aspecto tan saludable que lo hubiesen envidiado en cualquier playa de Miami. Precisamente el tinte moreno es lo que más debo cuidar, pues todos los que me conocen saben que tengo la piel muy fina y soy muy blanco.

Luego he salido a robar un coche en las cercanías, cosa que no me ha resultado demasiado difícil. He elegido un elegante modelo *station-wagon* situado cerca de un hotel, y que sin duda corresponde a uno de los viajeros que mañana ya estarán muy lejos. Con él me he situado en la parte posterior de nuestro jardín.

He colocado el cadáver de Nelly en el asiento delantero.

Y he partido a moderada velocidad en dirección a la autopista de Detroit, pues tengo interés en que nos vean en la taquilla de peaje. Efectivamente nos han visto, pues he pagado mientras sostenía apretada contra mi pecho a Nelly, como si fuera una chica con la que acabara de fugarme.

Mi coartada ha tenido un detalle más. Me he detenido junto al primer patrullero que he encontrado en la ruta, después de hacer la señal convenida y respetar escrupulosamente las leyes de tráfico.

El hombre ha introducido casi la cabeza por la ventanilla al detenerme yo.

—¿Qué desea, señor?

Me ha podido ver perfectamente a mí, y ha podido ver también a Nelly con la cabeza apoyada en mi hombro y las manos en mi cintura. Lleva la falda muy arriba, como si hubiésemos estado haciendo cosas indecorosas hasta poco antes. Su cara se ve bastante bien, como si durmiese. Y como también le he aplicado tinte, no se aprecia su color espantosamente blanco.

—Perdone, pero quiero saber si hay alguna estación de servicio cerca —he dicho—. No están anunciadas.

—Tiene una a cinco millas.

—Muchas gracias, agente.

—Oiga…

—¿Sí? —he preguntado con una tranquila sonrisa.

—No es asunto mío si usted tiene una aventura con esta señorita, pero no debe conducir así. Ella no deba ponerle las manos en la cintura porque podría provocar un accidente.

—Tiene razón, agente. Es que se ha dormido, ¿sabe? ¡Eh, Nelly! ¡Nelly! ¡Despierta!

Y he arrancado mientras tanto, simulando con el codo que ella se incorporaba.

Quizá de día la cosa no hubiera salido bien del todo. Pero de noche ha resultado perfecta.

El de la taquilla de peaje de la autopista ha visto a Nelly. El agente junto al que me he detenido la ha visto también, y además ha oído su nombre.

Tres horas y media después estaba de nuevo junto a Opal, tras haber dejado el coche rigurosamente bien aparcado en el sitio en que lo encontré. Supongo que mañana estará muy lejos. Incluso le he repasado un poco el carburador, que tenía el reglaje mal. Yo trabajé en el turno de noche de la casa Daimler hace muchos años, cuando empezaban a fabricar ese tipo de carburadores, y lo conozco mejor que muchos mecánicos. Luego he vuelto al calor del hogar.

Opal me ha mirado de una forma interrogativa.

Está preciosa otra vez.

Está resplandeciente.

Antes de ser mi compañera había adornado la cama de más de un rey, y estoy completamente seguro de que ahora, con lo que sabe, podría volver a enloquecer a cualquier hombre. Su tez es

maravillosamente limpia. Su camisa transparente apenas vela unas formas turbadoras y opulentas, que no me dejan indiferente ni siquiera a mí.

—¿Y bien…? —ha preguntado.

—Nelly está en el fondo de un pozo seco. Tardarán quizá meses en descubrirla, y cuando la descubran nadie podrá saber de qué ha muerto.

—¿Pero cómo justificaremos su desaparición?

—Una fuga —le he explicado—. Ya podías imaginarlo cuando me he disfrazado de esta manera. Una fuga con alguien que no se parece para nada a mí. Nos han visto no sólo en la taquilla de peaje de la autopista, sino también un policía.

—Eres un genio… Mañana denunciarás su desaparición, ¿no?

—Sí. Hay que guardar las apariencias.

—Siento haberme precipitado. Pero es que lo necesitaba, ¿sabes? No podía más.

—Todo lo que tú haces está bien, Opal. No te lo reprocho.

Ha entreabierto los labios seductoramente.

—Quisiera recompensarte por el mal rato que te he hecho pasar —ha musitado—. Ven…

Yo me he acercado a ella.

Hay momentos en que Opal me hipnotiza, no puedo evitarlo. Después de tantos años juntos, aún siento en muchas ocasiones la emoción de la primera vez.

La he recibido en mis brazos.

Y entonces se han puesto a sonar a la vez todos los despertadores de la casa. Entonces aquel campanilleo insistente, monótono, nos ha indicado que faltaba media hora para la salida del sol.

—¡Maldita sea! —he dicho—. ¡Cada día se vive más agitadamente! ¡Ni tiempo le queda a uno para estar con su mujer!

Pero no podemos arriesgarnos, de modo que hemos ido hacia nuestro dormitorio. Allí no puede entrar el menor resquicio de luz, pues ya he dicho que la única ventana tiene la persiana atornillada y la puerta la cerramos con el mayor cuidado. Pero aun así, mientras estamos dormidos durante el día, seríamos demasiado vulnerables, de modo que hemos descendido al sótano. Un sótano cuya existencia todo el mundo ignora y que además explica nuestra

presencia en los Estados Unidos.

Opal ha movido un resorte en uno de los decorados de la chimenea. Un hueco por el que puede pasar una persona inclinada se ha abierto detrás de los leños apagados siempre. Yo los he hecho girar en su propio soporte y hemos pasado los dos. A continuación he puesto los leños bien, he tocado de nuevo el resorte y la trampa se ha ido cerrando con la suficiente lentitud para permitirme retirar el brazo.

Luego hemos descendido por unas gastadas escaleras.

Esas escaleras son mucho más antiguas que la casa.

Puede que tengan dos siglos. Más o menos pertenecen a la época en que, en torno a la llamada «Campana de la Libertad», se declaró en Filadelfia la independencia de los Estados Unidos.

Todo el mundo ignora eso, pero entonces existía ya aquí una magnífica casa con un espacioso sótano. Por descontado que todo lo demás estaba despoblado y Rug Center no existía. La casa era un lugar señorial donde vivía una de las familias más ricas del país, la de los Cunigam.

Aproximadamente por los años que siguieron a la primera Gran Guerra, de los Cunigam sólo quedaba una descendiente, una mujer joven y extremadamente rica que se dedicaba a sus dos pasiones favoritas: los hombres y el coleccionismo. Un viaje a Rumanía, para comprar objetos antiguos en los entonces destartalados castillos de Transilvania, la puso en contacto con nuestros ataúdes. Entonces Opal y yo estábamos en Ziskraya Gora, reposando después de una larga expedición por Rusia.

Nuestros ataúdes son unos ejemplares magníficos, son de lo mejor que ha producido el arte de la vieja Transilvania. Por eso Lorena Cunigam se enamoró de ellos, y como en apariencia no pertenecían a nadie, se los llevó. No hizo maldito caso de los consejos de los campesinos del lugar, según los cuales los ataúdes llevaban varios siglos allí, y su presencia significaba la muerte.

Nosotros no estábamos la noche en que descubrió los ataúdes ni la noche en que los robó. Hasta Opal y yo, pese a nuestra inmensa sabiduría, podemos ser engañados por la mala fe de las gentes. En el castillo habíamos vivido muy tranquillos, sabiendo el temor que inspiraba nuestra presencia a los campesinos, los cuales no se atreverían a acercarse al castillo. Incluso, para no enfurecerlos

demasiado y tenerlos sumidos en un respetuoso temor, sólo matábamos a una mujer o un hombre de las villas cercanas una vez cada cuatro o cinco años. El alimento habitual solíamos buscarlo en sitios más anónimos. Incluso a veces nos desplazábamos a Bucarest, en algunos de cuyos barrios obreros era posible darse festines que duraban semanas seguidas.

Así teníamos atemorizados a los campesinos, pero no los desesperábamos, no los invitábamos a atacarnos.

Pues bien, cuando regresamos al castillo nos enteramos de que nuestros ataúdes habían desaparecido. Y no necesito decir la angustia, que se adueñó de Opal y de mí.

Los vampiros no necesitamos nuestros ataúdes cada noche, pero no podemos estar sin ellos indefinidamente. Acabaríamos perdiendo gran parte de nuestro poder. El sitio de nuestro reposo nos llega a ser tan necesario como nuestra sangre.

Por eso Opal y yo tuvimos que averiguar dónde estaban aquellas maravillosas obras de arte. Por eso tuvimos que obtener unos certificados de defunción falsos, unos certificados correspondientes a dos ciudadanos norteamericanos que habían muerto en Rumanía. Y tuvimos que pagar espléndidamente a otro ciudadano norteamericano, un viejo borracho llamado Kramer, para que nos transportara a los Estados Unidos en un barco, diciendo que eramos sus únicos parientes. Durante casi tres semanas, Opal y yo, metidos en unos sucios ataúdes de alquiler, hicimos el viaje en una bodega del trasatlántico *Aquitania* hasta el puerto de Nueva York. Ni que decir tiene que nunca surgieron problemas y que pasamos sin peligro las inspecciones sanitarias, pues tanto Opal como yo estamos realmente muertos y además magníficamente conservados. La única condición que impusimos al borracho de Kramer fue que no nos desembarcaran hasta ser de noche. Y eso también resultó fácil, pues ya se sabe que en los trasatlánticos siempre sacan a los fiambres después de la puesta del sol, cuando no hay apenas gente, para evitar el mal efecto.

Una vez en el territorio norteamericano, nos convenía librarnos de Kramer. No se podía correr el riesgo de que hablara. Aunque siempre estaba borracho, podía llegar un momento en que verdaderamente se diese cuenta de lo que acababa de hacer.

Lo liquidamos en los mismos muelles. Luego hubimos de volver

a ocultarnos en los ataúdes a causa de la irrupción de la policía, pues aquél era el único sitio en el que nadie nos molestaría. Nuestros ataúdes, en el interior de los cuales estábamos realmente muertos, nos libraban de toda sospecha.

¿Pero he dicho *nuestros* ataúdes?

No, la verdad no es ésa. Los auténticos sarcófagos de los Drácula estaban en una casa de piedra situada cerca de Detroit. Y hacia allí teníamos que ir si no queríamos perder todo lo que habíamos hecho.

Por fortuna, los documentos falsificados merecieron el mayor crédito de la policía, que ordenó el traslado de los dos cuerpos a un cementerio situado cerca de Detroit, como indicaban aquellos papeles. Y así, durante algunos días, rodamos en sucios vagones de mercancías, corriendo un peligro mortal, como era el que alguien descerrajase los ataúdes en pleno día. Pero maldita la gracia que le hace a la gente descubrir a un par de muertos, de modo que nos dejaron en paz.

La noche en que llegamos a la pequeña estación contigua al cementerio, hube de actuar con rapidez porque un descuido podría significar nuestro fin. Me enteré de que sólo había en el pueblo dos sepultureros, cosa que pude averiguar bebiendo en una de las tabernas sin que nadie sospechase de mí. Me tomaron por un forastero muy raro que había llegado desde muy lejos.

Una vez conocidas las direcciones de aquellos dos sepultureros, seguí moviéndome con la mayor rapidez, fui a Correos y envié dos paquetes urgentes, dando una propina especial para que lo repartieran aquella misma noche. En cada uno de ellos había cinco monedas pertenecientes a mi tesoro particular, junto con unas instrucciones para que los dos ataúdes que esperaban en el tren fuesen sepultados de noche.

Yo estaba seguro de que los dos sepultureros obedecerían, como así fue. Conozco muy bien a los hombres. En el fondo ambos pensaban lo mismo: saquear los ataúdes. Sólo necesitaban hablar de ello y ponerse de acuerdo.

Y saquear los ataúdes sólo podían hacerlo de noche, de modo que mis instrucciones les venían como anillo al dedo.

El modo como aquellos dos hombres desaparecieron no lo entendió nadie jamás. En las cercanías de Detroit se ignoró siempre

que yacían debajo de los viejos ataúdes llegados en barco y en tren desde la remota Transilvania.

Después de eso, Opal y yo no tuvimos problemas para llegar a la vacía casa de Lorena Cunigam. Y nos instalamos en ella.

Todo era paz allí. Nuestros sarcófagos estaban intactos. En los sótanos de la casa podíamos sentirnos tan seguros como en el viejo castillo rumano.

Algo vino a turbar, sin embargo, nuestra paz. Un ladrón quiso robar parte de las magníficas obras de arte que se guardaban allí y tuvimos que eliminarle para que no nos descubriera. He de confesar, sin embargo, que su llegada resultó tremendamente oportuna, pues tanto Opal como yo empezábamos ya a estar absolutamente necesitados de sangre. Aquella víctima nos dio un respiro muy valioso.

Luego la suerte continuó.

Llegó la propia Lorena Cunigam.

Vino acompañada por un corpulento cochero cuyas energías podían hacer las delicias de la sedienta Opal.

Los dos cuerpos desaparecieron también, y junto con el del estúpido ladrón fueron enterrados en tres nichos que Opal, y yo abrimos en las propias paredes del sótano. Luego, durante años y años, nadie se acercó por allí.

Una noche dejé en libertad a los caballos, cerca de unas yeguas que iban de viaje. Estaba seguro de que los animales las seguirían y así se perdería por completo un rastro que podía comprometernos.

El carruaje en el que había llegado Lorena lo conservé en la cuadra. Al fin y al cabo había otros dos allí, de modo que no existían motivos para que llamase la atención.

Por supuesto que la policía visitó un par de veces la casa, pero no se metió en el sótano. Fue una cosa rutinaria. Estaban absolutamente convencidos de que Lorena Cunigam había salido de viaje otra vez y de que volvería cuando menos lo pensaran.

Por aquellos días, además, los Estados Unidos crecían desmesuradamente. La Primera Guerra Mundial les había proporcionado una gran riqueza. Por las cercanías de Detroit no hacían más que instalarse fábricas y más fábricas y la vida se materializaba. Nadie se preocupaba de nadie.

Fueron unos años tranquilos para Opal y para mí, pues teníamos

un refugio seguro y que nos gustaba. De tarde en tarde salíamos después de la puesta del sol, viajábamos hasta casi el amanecer y matábamos a un par de víctimas a cierta distancia de allí, para que nadie nos localizase en Rug Center.

La ciudad iba creciendo en torno a la casa, y ello significaba un gravísimo peligro. Tarde o temprano, algún lejano pariente de Lorena Cunigam llegaría allí, se desprendería de todos los objetos artísticos que adornaban aquella magnífica mansión y acabaría vendiéndola a buen precio, para que la derribasen. Sus gruesas paredes ya no resultaban confortables para nadie, y por otra parte el terreno había subido tanto en aquella zona de Rug Center que sin duda querrían aprovechar el solar.

Durante más de un año, pues, Opal y yo hicimos reformas en la casa. La puerta que daba al sótano desapareció y éste quedó completamente tapado. Debajo de la casa había algo que todo el mundo ignoraba. Parecía que la mansión no tuviera sótanos.

Claro que eso significaba que nosotros tampoco podríamos salir, pero no importaba. Mientras no gastemos energías y permanezcamos en perfecta quietud, podemos estar sumidos en letargo durante años y años.

Y eso fue lo que nos salvó cuando la casa fue derribada y en su lugar se procedió a construir una moderna residencia de nueve plantas, de esas en las que todo son cristales y planchas de acero. Por fortuna elevaron la casa sobre unos soportes de cemento armado, de forma que apenas hicieron cimientos y no perforaron el sótano. Luego el edificio quedó vacío en espera de un comprador.

Opal y yo despertamos de nuestro letargo. Teníamos que ponernos a actuar si no queríamos reventar allí para siempre.

Lo primero que hubimos de hacer fue abrir un hueco que nos permitiera salir a la nueva casa. Vimos que las viejas escaleras del sótano daban a un salón con una elegante chimenea. La distribución se parecía bastante a la que había tenido la magnífica casa de Lorena Cunigam.

Durante algunas noches febriles, trabajamos intensamente. Opal y yo hemos estado en tantos viejos castillos que conocemos a la perfección la técnica —hoy ya completamente olvidada—, de las entradas secretas. Valiéndonos de los adornos de la vieja chimenea, construimos una. A partir de aquel momento, podíamos entrar y

salir de nuestro refugio cuando nos pareciera.

La suerte nos siguió acompañando.

Los nuevos dueños de la casa, quienes al parecer la habían comprado amueblada, viendo sólo unas fotografías y los títulos de propiedad, se presentaron una noche en un magnífico automóvil para tomar posesión de ella. Creo que en Rug Center nadie los vio. Las circunstancias me demostraron luego que así había sido.

Se trataba de un matrimonio con una niña.

Aquella noche, mientras dormían, actuamos Opal y yo.

Ella se encargó de la niña.

Su pobre cuerpo quedó convertido en una masa algodonosa y que resultaba difícil mirar.

Luego al unísono, nos encargamos del matrimonio. Fue un festín inolvidable, fue una auténtica noche de orgía. Lástima de la muerte de la niña, porque en cierto modo ella no necesitaba morir.

Los cadáveres los sepultamos también en unos agujeros del sótano. Y a partir de aquella noche. Opal y yo aparecimos ante todo el mundo regularmente.

En Rug Center en seguida nos conocieron.

Éramos los nuevos dueños de la casa.

Para dar una completa sensación de normalidad, yo me matriculé en la Facultad de Historia de la más cercana Universidad y asistí regularmente a las clases. Además me convertí en profesor particular de una serie de alumnos. Eso me daba ante todos los habitantes de Rug Center unos medios *normales* de vida, mientras me permitía observar qué personas serían las víctimas más fáciles cuando llegase el momento.

Y ésta era exactamente nuestra situación cuando Nelly murió. Así estábamos aquella noche, cuando nos encerramos en el dormitorio como tantas y tantas otras veces.

Los ataúdes nos sirvieron de cobijo.

Opal susurró:

—¿Enfadado?

—No —dije—. Mañana empezarán a buscar a Nelly, pero creerán que se fugó con un joven deportista. De todos modos hemos corrido un peligro innecesario. Creo que te has precipitado.

—Perdóname…

Y me ha sonreído mientras me tiende la mano. Opal tiene la piel

maravillosamente fina otra vez. Esta guapa como en sus mejores tiempos, cuando la perseguían los reyes de casi toda Europa.

Por un momento me he sentido triste. Tantos años junto a Opal, tanto tiempo libre junto a su belleza y…

En fin, normalmente no me acuerdo de eso, pero hoy lo he sentido.

Es una lástima que los vampiros no tengamos sexo.

CAPÍTULO V

—¡Tío George! ¡Tío George!

Ruth ha venido a mis brazos como todas las noches cuando regreso de la Universidad. La he acogido en ellos y le he dado un beso, mientras mis labios notaban bajo la piel el fluir de la sangre joven y palpitante. Luego la he alzado casi hasta el techo y la he depositado en la silla.

—Tienes mucha fuerza, tío George.

—Hum… Es que a los treinta años uno es muy joven, Ruth.

El profesor Heston me ha mirado con curiosidad.

—¿Viene de la Universidad, maestro? —ha preguntado.

—Sí, como siempre.

—¿Se ha dado cuenta del enorme despliegue de policías que hay?

—Eso parece. Lo menos he contado cinco coches patrulleros en el *campus*. Pero no he podido averiguar por qué. Ya sabe usted que me trato poco con la gente.

—Oh, pero sin duda habrá notado la falta de una de sus condiscípulas, una muchacha llamada Christie Woods.

—¿Christie Woods? No la conozco.

—Una llenita, joven, que da una gran sensación de salud…

—Ah, sí, ahora me parece recordarla.

—Pues bien —ha continuado Heston—, Christie ha sido hallada muerta en uno de los bosques cercanos al sitio en que se rueda esa maldita película. Estaba completamente desangrada, pero la policía aún no ha podido averiguar cómo. Y lo que no se entiende es dónde está la sangre que le falta.

—La habrá absorbido la tierra —he dicho.

—No, no es posible.

—Pues quizá se trate de un experimento científico. Por ejemplo un asesino maniático que haga pruebas con la sangre de las

personas.

La viuda ha susurrado:

—Dios mío…

Evelyn ha permanecido quieta y mirándome fijamente. No sé qué tiene su mirada tan intensa que me intranquiliza esta noche.

Pero el profesor Heston ha continuado, impasible:

—Eso es lo mismo que creo yo: un asesino maniático puede estar rondando por la comarca. Quizá lo han traído esos tipos de la película. Siempre he dicho que del mundo del cine no puede salir nada bueno.

—No sé por qué piensa así.

—Por Nelly.

—¿Nelly…?

—Sí —ha dicho Heston—. Estoy seguro de que la engatusó uno de esos artistas y se largó con él. Ya ve… Una mujer seria y a la que todos queríamos. Supongo que esto les habrá afectado mucho a su esposa y a usted.

—Oh, claro… ¿Pero por qué dice que Nelly se largó con un artista?

—Por lo que sabe la policía. He oído rumores por ahí… Un agente de tráfico la vio claramente cuando se largaban los dos muy arrimaditos en un coche *station-wagon*, que puede servir de cama. Quién lo hubiera pensado… También los vio uno de los taquilleros de la autopista. La policía está haciendo investigaciones por ahí y estoy seguro de que pronto obtendrá resultados.

—Yo también —he dicho—. Yo también estoy seguro de que obtendrá resultados. Pero me siento intranquilo esta noche, ¿saben? Reconozco que lo de Nelly me ha desquiciado un poco.

—Sería mejor que suprimiéramos la clase, ¿no? —ha dicho Heston.

—Se lo agradecería de verdad. No me siento muy bien esta noche.

Eso es falso, porque me siento perfectamente, pero no quiero arriesgarme a que alguno de los que están aquí haga alguna pregunta que me pille desprevenido. Mañana habrá pasado más tiempo y veré las cosas con mayor tranquilidad.

Después de alejarse todos, he salido un rato a pasear por el magnífico jardín que rodea la casa. Todo está algo descuidado,

porque ni Opal ni yo lo cuidamos durante el día, como es lógico. Y no queremos contratar a ningún jardinero para evitar indiscreciones.

Nelly se ocupaba un poco de arrancar las hierbas a veces, pero ahora Nelly ya no lo hará más. No sé por qué, me ha entrado una cierta nostalgia. Ella se ocupaba de muchas cosas de las que ahora nadie se ocupará.

Entonces he visto el viejo pabellón.

Aquello sí que está todo igual.

Cuando se construyó la nueva casa no se tocó nada de lo que habían sido las cuadras. Y éstas siguen en pie, como estaban hace cien años, pero completamente envueltas por la hiedra que ha ido creciendo y creciendo hasta ahogarlas.

He penetrado en el viejo edificio. La luz de la luna se filtra allí por unas ventanas y permite ver con claridad. Me han llamado la atención los viejos coches de caballos que yacen en el fondo de lo que habían sido cuadras. Brillan como si acabaran de salir del taller. Están intactos después de tanto tiempo.

Los coches de caballos me gustan.

No en vano yo me he paseado con ellos por las mejores cortes de Europa.

Por eso, de vez en cuando, he limpiado esos viejos carruajes, lo mismo que ha hecho Opal. Ésa es la razón de que aparezcan tan relucientes.

Me he acercado a uno de ellos distraídamente.

Y de pronto mi cuerpo se ha puesto tenso.

Alguien se mueve en él. Alguien parece espiarme desde detrás de las puertas con cortinillas de seda.

Me he acercado más.

Mis nervios vibran.

Porque aunque mis nervios parezcan helados a veces, lo cierto es que tienen más sensibilidad que los de los otros seres.

Y he visto que es una mujer la que me mira desde la ventanilla. Bruscamente el tiempo ha parecido retroceder en torno mío, bruscamente me he visto enfrentado a la hora ya lejana en que Lorena Cunigam llegó a la casa en aquel mismo carruaje, pocos minutos antes de que sonase para ella la hora de morir.

Nadie comprenderá la clase de recuerdos que ese vehículo tiene

para mí. Nadie lo comprenderá, y mucho menos la mujer que desde allí me sonríe y que tanto se parece, a la luz de la luna, a Lorena Cunigam.

Pero no es ella.

Mientras me acercaba lentamente he susurrado:

—Evelyn…

Porque, en efecto, es Evelyn, con sus hermosos y atrevidos diecinueve años, la que me espera allí. Me ha sonreído mientras abre la puerta del todo y muestra sus preciosas piernas.

—¿Qué haces aquí? —he preguntado.

—Ya ves. Quería hablar contigo.

—¿Pero de qué?

—No seas arisco, profesor…

—Yo no soy profesor de nada. Sólo soy un alumno.

—Ni Heston sabe tanto como tú. Ni el decano de la Facultad, qué diablos. ¿Te apetece un cigarrillo?

—Sabes que no fumo.

—Son buenos. Son ingleses…

—No. No fumo.

—No tienes ningún vicio, y eso es lo que más me desconcierta. Ni siquiera eres vanidoso. Te han ofrecido dar conferencias en algunas universidades, ante un público muy selecto, y hasta eso lo has rehusado siempre.

—No me interesa la fama.

—¿Y el dinero?

—Tengo lo suficiente para vivir.

—¿Y las mujeres?

Se ha puesto a reír pícaramente. La muy condenada y maldita Evelyn… La mujer más provocativa que he conocido en tantos y tantos años… ¡Cómo se está volviendo la juventud de ahora…!

Yo también he reído, pero sin abrir la boca.

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé… Me parece que tus relaciones con las mujeres son un poco frías.

—Creo que no tienes ningún derecho a decir eso, Evelyn.

—Por supuesto que no, pero todo lo que se relaciona contigo me interesa. Me interesa muchísimo, ¿sabes? Espero que no te moleste.

—Oh, no… ¡Qué tontería!

—No hables así, como si estuvieras por encima del bien y del mal. Todo el mundo tiene sus pasiones y sus problemas.

—No sé qué entiendes tú por amor.

—Pues estar una persona junto a otra a la que quiere y usar ambos de sus cuerpos.

—Ésa es una definición que te habrán dado en la Universidad. Yo tengo otra.

He querido desconcertar a Evelyn, pero ella ha vuelto a reír otra vez. No he conseguido nada. Estas chicas modernas son el diablo. Ella ha sabido leer en mis ojos lo que nadie ha leído: que entiendo tanto de mujeres que podría escribir la historia de todas ellas con sólo dirigirles una ojeada. Y se ha dado también cuenta de que no soy un hombre puro, sino un depravado que sabe mantener sus secretos.

Lo que ella ignora es en qué consisten mis depravaciones. Si lo supiera se pondría a chillar de horror.

—Bueno —ha dicho—, tú no debes de ser un angelito.

—Tal vez no, Evelyn.

—¿No te has dado cuenta de que me gustas?

—Quizá no.

—Pues, hijo, más exhibiciones no he podido hacer. Hasta me he puesto ropa de la que creo que a ti te gusta.

—Tienes una gran intuición, Evelyn.

—No soy tonta.

—En efecto, me gusta la ropa que usas. Y me gustan muchas cosas en ti. Pero soy incapaz de traicionar tu virginidad…

—No seas anticuado, hombre.

Y ha descendido del carruaje de un salto. Ha mostrado mucha más agilidad y gracia de la que en su día mostró Lorena Cunigam, una perfecta desconocida para ella, y que fue la última en usar ese vehículo sin que Evelyn lo sospeche.

—¿Por qué no pruebas? —ha preguntado.

—¿A qué?

—A nada grave. A besarme. No creo que por eso te vayas a asustar.

Y me ha ofrecido sus labios entreabiertos, palpitantes, rojos.

He sentido miedo. No me domina ahora la necesidad de sangre, pero si en el momento en que la siento palpitar junto a mi tuviera la

tentación de morder… ¿qué pasaría? No me conviene de ninguna manera matar a otra mujer tan cerca de este lugar. Mi supervivencia se ha basado hasta ahora en que raramente he llamado la atención buscando dos víctimas en el mismo sitio.

Pero Evelyn insiste:

—Bésame…

Lo he hecho. Eso de no tener las mismas necesidades que los otros hombres me priva de pasión y da a mis movimientos una cierta falsedad, porque para mí un beso nada significa. Creo que ella lo ha notado.

Evelyn se ha apartado de mí.

—Qué raro —ha dicho.

—¿Raro por qué?

—Adivino que no sientes ninguna necesidad de mujeres.

—Quizá es la falta de costumbre.

—Pues yo he de conseguir hacerte vibrar de pasión. Yo he de conseguir hacerte feliz. ¡Si supieras las cosas que pienso por las noches! Cuanto más extraño es un hombre, más me entusiasma. Bésame otra vez…

Y ha añadido riendo:

—Pero sin cerrar tanto la boca…

Me molesta su insolencia, pero he obedecido. No quiero llamar demasiado la atención. La he sentido desmadejarse en mis brazos.

Pero todo ha durado un segundo.

Quizá dos…

De pronto he visto el relampagueo del acero.

De pronto he sentido como Opal hundía por dos veces el largo cuchillo en la espalda de la muchacha.

Ésta ha saltado hacia atrás mientras erguía el cuerpo. Ni siquiera ha debido darse cuenta de lo que sucedía. De pronto ha empezado a girar poco a poco.

Y ha visto a Opal.

Pero con los ojos ya nublados.

Cubiertos con una capa de sangre.

Opal le ha dado otro corte. Éste muy sabio y dirigido a la yugular. Luego la ha sujetado poniéndose a beber incansablemente.

Yo he vuelto a sentir una especie de náusea.

Opal es demasiado ansiosa.

Por eso he vuelto la espalda hasta que ella ha terminado del todo, hasta que no ha quedado más sangre que la que mancha ligeramente los vestidos de la víctima.

Luego ella ha susurrado:

—Era necesario…

—¿Necesario? ¿El qué?

—Esa zorra de los prostíbulos de Atenas quería apartarte de mí.

—Los prostíbulos de Atenas ya no existen —he dicho con desprecio—. A veces vuelves a los viejos tiempos y te olvidas de la época en que estás, Opal. Y esa muchacha no podía apartarme de ti por la sencilla razón de que no soy un hombre como los otros.

—Pero te sabe mal que haya acabado con ella…

No he contestado.

Y por primera vez he leído en los ojos de Opal una lucecita distinta, una lucecita recelosa, como si pensara que entre nosotros algo puede cambiar.

—De un modo u otro —ha dicho secamente—, se estaba metiendo demasiado en tu vida. Habría acabado sospechando.

—Tal vez —he dicho de mala gana.

—Por eso está mejor muerta. Y al mismo tiempo eso me da unas reservas que tal vez llegue a necesitar.

—No te lo discuto, pero hemos cometido un error. Y lo lamentable es que se trata del segundo en dos días.

—¿Error…?

—Otra desaparición entre las mujeres que frecuentaban esta casa… ¿Te das cuenta de lo que va a pensar la policía?

Opal se ha sobresaltado, porque la verdad es que no debía haber pensado en ello. Realmente las mujeres nunca piensan. Pero en seguida me ha mirado con expresión suplicante mientras musitaba:

—La haremos desaparecer… Quiero decir que ya idearemos algo para que nadie sienta sospechas.

—Lo único que se me ocurre —he dicho— es dejar que lo descubran todo. Pero nosotros estaremos ocultos en el sótano, no nos encontrarán jamás. Al contrario, no nos buscarán en la casa, sino por todas las carreteras y en todos los aeropuertos de los Estados Unidos.

La idea le ha gustado.

De pronto ha dicho con nostalgia:

—Descansar…

—He de pensarlo —he murmurado con expresión reconcentrada —. Disponemos de toda la noche. He de pensarlo antes de que suenen los despertadores otra vez.

Y he salido bruscamente.

Por primera vez Opal no se ha atrevido a seguirme. Por primera vez ha parecido como si se hubiera roto algo entre los dos.

CAPÍTULO VI

Realmente ahora las cosas se han complicado tanto que he de hacer algo para que no nos atrapen a Opal y a mí. A lo largo de los siglos he estado muchas veces en peligro, tantas veces que conozco todas las tretas, pero los métodos de la policía son ahora tan perfectos que necesitaré aguzar mi inteligencia al máximo. Despistar a un ridículo burgomaestre de una ciudad austríaca hace doscientos años resultaba muy sencillo. Hoy, en cambio, la policía tiene detectores que quizá logren dar con el paradero de nuestros ataúdes incluso a gran distancia. Es eso lo que me llena de horror.

Si uno de esos detectores nos localiza durante el día, si llega a abrirse un hueco en el sótano donde reposamos y en él penetra la luz del sol, estaremos absolutamente perdidos Opal y yo. Incluso no tendremos la menor oportunidad de defendernos, pues nuestro sueño se transformará en nuestra muerte.

Me devano los sesos tratando de buscar una solución.

Por lo pronto eliminaré las partes metálicas de nuestros ataúdes, que son las más fácilmente localizables por los detectores. Pero no puedo destruirlos porque nuestros sarcófagos deben estar en situación de recomponerse otra vez. Ello significa que deberé desmontarlos pieza a pieza, y como no soy un experto, el trabajo me ocupará más allá de la noche. Cierto que mientras el sótano esté cerrado no voy a morir, pero la simple existencia de los rayos del sol más allá de las paredes me debilita tanto que no puedo trabajar.

Además, hay que hacer un hueco en el sótano para el cadáver de la muchacha. Nuestro sótano, el *dulce hogar*, que compartimos Opal y yo, se está convirtiendo por muchos motivos en un cementerio.

Por fin, cuando más angustiado estaba ante las perspectivas que se avecinan, un suceso fortuito ha venido a ayudarme.

Alguien ha llamado a la puerta.

He abierto, creyendo que se trataba de un mensaje de la

Universidad, aunque es raro que alguien venga a estas horas.

Y me he encontrado cara a cara con dos policías que exhiben sus revólveres negligentemente colgados del cinto.

Durante mi existencia he visto muchos policías, pero pocos son tan estúpidos como los patrulleros norteamericanos, que se limitan a recibir órdenes por radio y raramente piensan. Estos dos, sin sospechar ante quién se encuentran, se han llevado las manos a las gorras haciendo un saludo lleno de hastío.

—¿Está aquí Evelyn? —ha preguntado familiarmente uno de ellos.

—¿Evelyn? No…

Y me he sentido vacilar por unos instantes. No comprendo cómo han podido averiguar con tanta rapidez que algo ha sucedido. ¡Pero si Evelyn no lleva ni dos horas muerta…! ¿Habré de cambiar el concepto que tengo de algunos policías de los Estados Unidos?

—Nos han dicho que recibía clases aquí —ha murmurado uno de los patrulleros mientras echa una ojeada por encima de mis hombros.

—Cierto, pero se ha ido.

—Siempre sale con una sobrinita llamada Ruth, ¿no es cierto?

—Exactamente: Ruth.

—Sin embargo, la pequeña ha vuelto hoy sola a casa. Parece que Evelyn le ha dicho que no la acompañaría porque tenía una cita.

He apretado los labios por un momento. Una cita… una cita conmigo, naturalmente. Evelyn ha despistado a la pequeña porque quería esperarme en la antigua cuadra. Por un momento he pensado que las palabras de la pequeña pueden estropearlo todo. Si Evelyn, por ejemplo, le ha dicho que quería verme a mí y la pequeña lo recuerda…

Pero el otro patrullero me ha tranquilizado sin saberlo.

—Verá… —ha dicho—. Nos tememos que esa muchacha desaparezca de su domicilio. Por lo menos los padres están intranquilos. Dicen que hace días la viene rondando un individuo con el cual la chica ha hablado algunas veces.

—¿Y qué tengo que ver con eso?

—Nada, amigo, nada… Sólo queremos comprobar si la muchacha estuvo aquí hoy y si salió normalmente.

—Que estuvo ya lo saben ustedes, puesto que debe habérselo

dicho la propia Ruth. En cuanto a salir normalmente, supongo que también. Yo no vigilo a nadie, compréndanlo. Pero estoy convencido de que ella se marchó como las otras veces.

Los dos policías han asentido con aspecto de tipos que ya tienen la pista que andaban buscando.

—De acuerdo, amigo —ha dicho uno de ellos—. Entonces está claro que se ha largado con ese fulano del coche. Como es menor de edad empezaremos a buscarla mañana, pues hay que dejar un poco de margen. Es posible que simplemente pase la noche con ese guarro, en cuyo caso aparecerá dentro de unas horas y no habrá ocurrido nada. Perdone la molestia.

Y se han largado.

He suspirado con alivio después de cerrar la puerta. Confieso que por un momento me he sentido casi perdido, porque ¿imaginan lo que sucedería si se me llevaran a la Estación de Policía sólo para una comprobación rutinaria? ¿Imaginan lo que sucedería si me atrapase el amanecer allí?

Las cosas sencillas que para otros seres no resultan en absoluto peligrosas, para mí pueden resultar catastróficas. Pueden significar mi muerte.

Apenas cerrar la puerta he visto aparecer detrás de mí a Opal. Opal ha cultivado mucho la facultad de filtrarse por los sitios, cosa que yo no he hecho nunca. A veces incluso me sobresalta, porque la veo en lugares o habitaciones donde no podía esperarla.

Sus ojos brillan.

Está más hermosa que nunca.

Pero me doy cuenta también de que se siente llena de vigor, y por lo tanto se siente audaz. Las últimas experiencias la han excitado. No quiere sumirse en el letargo, sino vivir intensamente como lo está haciendo ahora.

En otro tiempo Opal y yo tuvimos tantas servidoras en nuestro castillo que ella podía elegir. Opal siempre ha sido sensual, siempre ha sido algo extraña. Elegía las más hermosas. De pronto, una noche, cualquier muchacha aparecía desangrada en las almenas y todos los campesinos del lugar sabían lo que había ocurrido. Se persignaban con temor, pero al mismo tiempo se resignaban a lo inevitable.

Fueron años muy intensos para Opal, hasta que el castillo fue

destruido en parte y la gente se rebeló contra nosotros, principalmente debido a las extravagancias de mi esposa, pues yo siempre he sido más prudente. Como todo el mundo sabe, nos salvamos por milagro. Pero a Opal siempre le ha quedado la nostalgia de aquellos años maravillosos, y cuando está ahíta de sangre sueña con volver a ellos.

Casi he tenido miedo al verla.

Puede echarlo todo a rodar.

—Prudencia —le he dicho en voz baja—. Hemos de calcular cualquier paso que demos. Déjame hacer a mí.

—¿Qué querían ésos?

—Hemos tenido suerte. Creen que Evelyn se ha fugado con un hombre que la cortejaba y mañana empezaran a investigar.

—Eso nos da tiempo…

—Sí, claro —he dicho—, pero hay que deshacerse del cadáver. Tenemos que abrir un hueco más en el sótano.

—Imposible.

—¿Imposible por qué?

—Tardaríamos demasiado tiempo y quizá alguien podría oír el ruido por las noches. Tú sabes que las partes relativamente blandas ya están perforadas. Lo que ahora queda es la roca viva que rodea los cimientos de la casa. Nos será imposible perforarla con nuestras solas fuerzas.

He hecho un gesto de preocupación. De preocupación sincera, pues para mí es tan difícil trabajar en la roca viva como puede serlo para un auténtico señor acostumbrado a todos los lujos y comodidades. Yo he sido siempre un miembro de la alta nobleza de Rumanía. Jamás he hecho trabajos físicos impropios de mi rango. La perspectiva de pasarme las noches golpeando con un cortafríos me parece casi aterradora.

—Entonces hemos de pensar otra cosa —he decidido—. El cadáver de esa chica tiene que aparecer, pero en circunstancias que nos alejen de cualquier sospecha.

—¿Y qué es lo que se te ocurre?

—Sólo una cosa, Opal. Espera…

CAPÍTULO VII

Han pasado varios automóviles por la carretera comarcal, pero todos ellos transportan a más de una persona. Opal llevaba casi una hora, agazapada entre la maleza, cuando sus ojos de halcón han descubierto por fin uno que le conviene. Inmediatamente ha saltado al borde de la carretera y ha hecho la señal internacional de autostop. El potente automóvil se ha detenido con un chirrido de frenos.

La verdad es que Opal llama la atención. Parece una gran dama que haya salido de una fiesta, y se encuentre en apuros. Su edad es indefinible, pero está radiante de hermosura. Por fuerza tiene que impresionar a cualquier hombre.

Y el que va al volante se ha impresionado. Por eso ha frenado en seco.

—¿Qué pasa, muñeca?

Opal ha dicho a través de la ventanilla:

—Por favor…

—¿Estás en un apuro?

—He salido de una fiesta donde había bastantes borrachos. Me persiguen dos hombres…

—Pues sube, preciosa. No te perseguirán más.

Opal se ha sentado junto al conductor de forma que se vea bien su falda rasgada por dos sitios. Da la sensación de una mujer que acaba de sufrir alguna violencia. Como sus piernas son espléndidas, y más ahora, cuando está bien nutrida, los ojos del conductor han brillado intensamente.

Mientras arrancaba ha dicho:

—¿Han intentado abusar de ti?

—Por suerte he podido evitarlo.

—¿Quieres que vayamos a la policía?

—Oh, no… Por suerte no ha pasado nada grave. Me bastará con

que me dejes en mi casa.

El conductor ha reído suavemente.

—¿Vives sola?

—No. Con mi marido…

—Pues hace mal en dejarte sola. Eres una mujer muy… muy…

—¿Muy atractiva?

Opal ha sonreído de un modo que sólo sabe utilizar ella. En este momento tiene la perfecta cara de una chica ingenua que acaba de salir de un apuro y está dispuesta a cualquier cosa para demostrar su gratitud al hombre que la ha salvado. Él ha captado inmediatamente la onda.

No puede apartar sus ojos de las piernas de Opal. Tanto que ha estado a punto de tomar mal las curvas y estrellarse dos veces.

—Cuidado…

—No temas… Soy un buen conductor. Pero es que me sorprendes, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Llevas una ropa interior un poco anticuada.

—Oh, perdón…

Y ella se ha tapado inmediatamente, como si no se hubiera dado cuenta. El conductor ha vuelto a reír.

—No, no lo hagas. Si a mí me gusta…

—¿De veras?

—Mucho…

—Es que reconozco que voy vestida de un modo algo anticuado. Mis prendas íntimas son un poco pasadas de moda, eso sí. Lo siento.

El coche se ha detenido tras girar en seco por un camino de tierra que lleva a un bosque. Su dueño ha apagado inmediatamente las luces de situación para que nadie pueda ver el vehículo.

Opal ha preguntado, con un falso terror:

—¿Pero qué haces…?

—Nada, nena, nada… ¿Conoces tú este modelo de coche?

—No…

—¿Sabes que tiene unos magníficos asientos reclinables?

—No, no lo sabía.

—Pues prueba, anda, prueba…

Y el hombre ha movido el resorte central que hace oscilar hacia atrás los dos asientos a la vez. Opal ha lanzado un gritito que no se

sabe si es de júbilo o de miedo, mientras intencionadamente eleva las piernas un poco.

El hombre se ha lanzado a besarla.

—No lo hagas —ha suplicado Opal con un falso gesto de resistencia.

—Calla, tonta... Tú no sabes lo que es bueno. Se nota que tu marido no te lo ha enseñado nunca...

Y la ha besado apasionadamente. Quizá entonces —sólo entonces— ha tenido la sorpresa de notar que la piel de Opal desprende un olor indefinible, un olor inexplicable, un olor que no es a muerto, pero que lo parece. Pero el hombre lo ha atribuido a un perfume de mal gusto que sólo podría usar una mujer anticuada como es ella.

Inmediatamente esta sensación ha cesado.

Porque Opal se ha vuelto apasionada de pronto.

Ha abrazado al hombre con todas sus fuerzas, en el silencio del coche, y le ha besado en el cuello.

Él ha reído con suficiencia.

—Nena... Je, je... ¡Si sabré yo cómo domar a las mujeres...! ¡Si sabía que te gustaría! ¡Je, je...!

De pronto su risa ha cesado. No ha sido miedo, sino sorpresa. Lo que le ocurre es que jamás ha encontrado una chica tan apasionada como aquélla.

—Pero, nena, no me muerdas. ¿Todas las mujeres anticuadas sois así? Je, je...

De pronto se ha tensado.

No entiende lo que le pasa.

Esto no es... *Esto no es morder*.

ES ALGO MÁS.

Sin entenderlo, sin comprender absolutamente nada de lo que pasa, el hombre ha lanzado un gemido. Y de pronto ha notado que unas uñas muy afiladas se clavaban en su cara, impidiéndole moverse. Opal le ha golpeado también con una rodilla en el bajo vientre, dejándole transido de dolor.

Todo ha durado menos de dos minutos.

Si el hombre quisiera explicarlo, quisiera decir lo que siente, no podría hacerlo. Es como si una enorme bomba le fuera succionando la sangre con gran rapidez. Es como si las fuerzas le fueran

abandonando progresivamente y le dominara un sueño atroz, que le deja sumido en una total indiferencia.

De pronto ha quedado espantosamente quieto.

Ahora la que ríe es Opal.

Está viviendo más intensamente que nunca. De su garganta escapa aquella risita viscosa que yo apenas puedo soportar.

Pero todo es un plan convenido entre nosotros. Opal aparta el cadáver, se pasa la lengua por los labios y ocupa ella el lugar del conductor. Ahora corre peligro, lo sabemos los dos. Es el punto flaco de nuestro plan, porque si un patrullero la detiene todo se irá al diablo. Y basta simplemente con que la vea en ese coche para que todo se vaya al diablo también.

Pero todo plan tiene su parte arriesgada y hemos de aceptarla. De modo que Opal conduce con seguridad, buscando los caminos más apartados, hasta llegar al sitio en que tiene que encontrarse conmigo. Le hago señas para que se detenga cuando el automóvil se mete en el sendero del bosque.

Miro ansiosamente hacia el interior.

La simple visión del cadáver me demuestra que todo ha ido bien. Y la cara de felicidad de Opal es tan expresiva que no necesito hacer preguntas. Con rapidez sitúo al hombre en el puesto del conductor y siento a su lado el cadáver de Evelyn, que he transportado hasta allí según el plan convenido.

—Ahora vamos a tener que empujar un poco los dos, Opal.

Por fortuna nos sentimos fuertes y llenos de vida, de modo que arrastramos el coche en punto muerto hasta el borde de un precipicio en que el bosque termina. Si un solo coche pasara por ahí en estos momentos todo se iría al infierno, pero tenemos suerte y nadie pasa. Entonces situamos el vehículo prácticamente en el mismo borde, ya con las ruedas delanteras fuera, y destapo el depósito de la gasolina. Paso a su interior un fósforo encendido mientras grito:

—¡Empuja!

Opal lo hace con todas sus fuerzas y yo la ayudó. También aquí corremos un grave peligro, porque si nos retrasamos podemos convertirnos en cenizas. Pero el coche se hunde por el desnivel antes de estallar, y cuando llega al fondo se produce una terrible llamarada. Un minuto después estamos escapando a toda velocidad.

—Dentro de poco encontrarán los cadáveres carbonizados —dice Opal.

—No notarán que los dos tienen las venas vacías de sangre.

—Y creerán que ese tipo del interior fue el que se llevó a Evelyn.

—Claro que sí… La policía no dudará de que se estaban dando un lote en el bosque cuando se despistaron y cayeron por el desnivel.

—Todo ha resultado perfecto, Opal…

En realidad así es. Podemos estar contentos. Podemos considerarnos salvados, ya que nadie nos culpará de esos crímenes.

Una sensación de dulce seguridad nos invade cuando llegamos a lo que ahora es nuestro hogar.

Podemos seguir matando para vivir. Podemos seguir nuestra plácida existencia.

Cuando descendemos a los ataúdes, Opal se permite incluso el lujo de reír suavemente.

PARTE TERCERA

DEJEN QUE LES HABLE DE MI MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

Como había supuesto, la policía cayó en la trampa que Opal y yo acabábamos de tender. A la mañana siguiente fue hallado el coche completamente destrozado con los dos cuerpos carbonizados dentro. A duras penas pudo ser identificada la muchacha, y en cuanto al hombre, como era un forastero que viajaba por la zona, nadie le reconoció. Además tuvimos la suerte de que el coche que Opal pudo detener fuese bastante parecido al del hombre que habían visto cortejando a Evelyn. De modo que hubo testigos que lo identificaron como el mismo, y el atestado de la policía se cerró con estas reveladoras palabras:… «Se mataron accidentalmente cuando se dedicaban a cometer actos inmorales en lugar solitario y dentro del coche».

Todo esto permitió que Opal y yo siguiéramos libres de sospechas, pero la verdad era que nuestro grupo nocturno se había reducido. En este momento sólo nos visitaban ya Mónica, la viuda de 30 años, el profesor Heston y la pequeña Ruth, de 12 años, quien seguía viniendo aunque ya no tuviese que acompañar a Evelyn.

Por mi parte seguí haciendo una vida perfectamente normal, como si nada hubiera ocurrido. Durante el día descansaba con Opal en el ataúd. Por la noche iba a las clases de la Universidad y pasaba unas horas con mis alumnos, explicando temas de Historia. A continuación, y hasta que los despertadores indicaban la llegada del alba, Opal y yo paseábamos por los campos solitarios o escuchábamos música. Mi colección de cantos gregorianos y de himnos de funeral es una de las más completas del mundo.

Durante dos semanas nada turbó aquel ritmo apacible, suave, en que se desenvolvía nuestra existencia. Yo notaba que la policía vigilaba la zona más que de costumbre, pero como nadie sospechaba de mí, podía estar tranquilo. En realidad, desde los años de los castillos de Transilvania, no habíamos vivido Opal y yo una

época tan buena.

Esto duró aproximadamente, como digo, quince días. Transcurridos los cuales, supe perfectamente lo que iba a ocurrir. Y ocurrió sin remedio.

Opal empezó a impacientarse. Su magnífico aspecto había decaído un poco. Sus fuerzas fallaban.

No era un problema puramente físico, pues en otras ocasiones habíamos estado bastante más tiempo sin alimentarnos. Se trataba de un problema más bien moral. Ya se sabe: cuando uno se acostumbra a un cierto *nivel de vida* es muy difícil sacarle de él. Sobre todo si ese nivel de vida resulta excitante.

Opal, que hasta entonces había estado sometida a mis órdenes, se daba cuenta de que en los Estados Unidos teníamos un magnífico campo de actuación. Al principio había estado como intimidada por el ritmo infernal de aquel país, tan distinto de los lugares que habíamos frecuentado siempre. ¡Y eso que vivíamos en una población pequeña, en pleno campo, y sólo salíamos de noche! Pero un par de viajes nocturnos en tren ya le habían dado una idea de lo que aquello era. Además, se oían continuamente ruidos de aviones, de camiones y de coches.

Pues bien, ese país que la intimidaba se estaba convirtiendo ahora para Opal en una tierra maravillosa. Allí nadie se preocupaba de las personas que desaparecían, sobre todo si se trataba de gente joven. Una muchacha de diecisiete años decía, por ejemplo: «Me voy a vivir mi vida». Y durante cincuenta o cien semanas sus padres desconocían por completo su paradero. Si durante esas cincuenta o cien semanas se encontraba con Opal o conmigo, su pista ya se perdía para siempre y la policía archivaba el caso. Eso quería decir que en cualquier cruce de caminos teníamos magníficas oportunidades que no hubiésemos tenido en ningún otro lugar del mundo.

Yo sabía todo eso, pero era prudente. Sólo atacaba a personas a las que antes hubiera vigilado con mucha atención. Y Opal esperaba a que yo le trajese las víctimas a la puerta para no correr ningún riesgo.

Pero ahora decidió actuar por su cuenta.

Estaba ansiosa.

Decía que yo no sabía vivir. Que estaba desaprovechando

magníficas oportunidades. Que no sabía amoldarme al país en que habitábamos ahora. Por lo tanto se decidió a aprovechar las oportunidades ella.

Y sucedió lo de Kitty.

* * *

Kitty Ransom, que estaba trabajando para unos editores de Filadelfia, se adentró en el bosque y preparó el trípode con su cámara fotográfica de alta precisión. El trabajo que la muchacha hacía era sencillo y complicado a la vez. Para un libro de Historia Natural, tenía que fotografiar todas las variedades de pino norteamericano. Esto la había llevado desde el Yukón hasta California, en una larga y hermosa peregrinación a través de los bosques.

Aquella mañana preparó su cámara, hizo dos magníficas fotografías de un ejemplar que tenía más de cien años y se marchó. Pero al disponerse a hacer el revelado, en la furgoneta que le servía de laboratorio y vivienda, se dio cuenta de que había olvidado en el bosque un paquete con una enorme cantidad de película virgen. Y como la película no la regalaban, pensó que valía la pena volver.

Giró el volante y circuló de nuevo por los empinados caminos hacia el sitio en que había estado por la mañana.

Cuando llegó, habían caído ya las sombras de la noche.

Todo estaba sumido en tinieblas.

Pero se veía la luz de la luna rielando sobre el bosque que ofrecía una perspectiva maravillosa y tal vez única. Los pinos centenarios, el arroyo color plata, la hierba que parecía barnizada, el oscuro sendero que se perdía en mil vericuetos… Kitty quedó como maravillada, como fascinada ante la visión de aquel bosque que horas antes le había parecido tan igual a los otros.

Y aunque ella hacía un trabajo por decirlo así científico y carente de inspiración, tenía alma de artista. A Kitty no le hubiesen encargado las fotografías de aquel libro caso de no ser una mujer capaz de impresionarse ante una flor recién abierta. Por lo tanto decidió tomar para su colección aquella foto que le ofrecía unos matices de luz casi únicos.

Como la claridad de la luna era bastante intensa y su cámara muy sensible, decidió que podría conseguir unas buenas vistas con gran apertura de diafragma y una exposición algo prolongada. Situó, por tanto, su máquina en el trípode y estuvo trabajando durante diez minutos. Obtuvo cuatro placas. Luego volvió con ellas a la furgoneta, acampó en las cercanías y se dispuso a revelarlas.

Estaba ansiosa por ver el resultado. Y el resultado, en verdad, la sorprendió. Le hizo arquear las cejas mientras miraba aquello sin acabar de creerlo.

¿Quién era aquella mujer?

¿Qué hacía allí?

Porque lo cierto era que la cámara había captado la imagen fugitiva de una mujer solitaria que espiaba desde detrás de uno de los troncos. Era una mujer de una rara belleza, una mujer de apariencia casi irreal, que tenía algo imposible de captar en las otras mujeres del mundo.

Vestía de negro y con ropas que parecían largas y anticuadas. Su tez era muy blanca, tan blanca que casi sobrecogía. Pero, sin embargo, eso no perjudicaba su belleza.

La edad resultaba indefinible.

Parecía una estampa recortada del fondo del tiempo.

Pero, sobre todo, ¿qué hacía allí? ¿Cómo había ido a parar a aquel bosque solitario? ¿Qué buscaba?

Kitty ignoraba en este momento que Opal estaba tras su pista. Ignoraba que los ojos de Opal ya se habían clavado en ella. Que la maldición ya se había posado en su carne.

Obsesionada por aquella visión, decidió regresar al bosque.

Tenía que hacerlo.

Tenía que encontrar a aquella mujer y fotografiarla de nuevo. Existía en ella algo que no se podía definir y que convertiría aquella foto en un ejemplar único.

Por tanto regresó con la furgoneta y trepó por el camino. Sus ojos, habituados a la oscuridad, hurgaron entre los árboles.

Tenía que estar allí… Si era una aparición del bosque tenía que estar en aquel mismo sitio…

Oía los mil susurros del viento entre los árboles…

Oía los rumores del campo que parecía misteriosamente vivo, veía moverse la hierba como si unas manos la acariciasen en la

oscuridad.

En cambio, no vio ni oyó a Opal. No se dio cuenta de que la tenía a la espalda. No llegó a captar todo aquel horror hasta que oyó el grito alucinante hendiendo la noche.

Era un grito de triunfo.

Un grito salvaje que anunciaba la victoria.

Los brazos de Opal la rodearon.

Su vestido negro la cubrió como las alas de los cuervos cubren a la pieza que están devorando.

Los dientes se hundieron en su cuello.

Kitty gritó horrorizada.

Pero su grito se transformó pronto en un gemido, en un estertor cada vez más débil, mientras caía a tierra y Opal montaba sobre ella ansiosamente.

Los dientes seguían clavados en su cuello.

Se hundieron profundamente en las arterias. Buscaron la fuente misma de su vida.

Pronto Kitty Ransom quedó espantosamente quieta.

Rígida.

Mientras por su piel tostada por el sol rodaban unos últimos hilillos de sangre…

CAPÍTULO II

Opal volvió aquella noche a casa más satisfecha que nunca. Yo ya había notado que escapaba sola al salir la luna y que se negaba a pasear conmigo, pero nunca creí que cometiera una imprudencia de aquella clase. Atacar a una víctima que no hubiese seleccionado yo, de la que no estuviese bien seguro, era una locura.

Hermosa y radiante como si acabara de cumplir quince años, Opal susurró:

—Era deliciosa…

Su tono de voz ligeramente viscoso no me gustó. Además se estaba volviendo una mujer muy sensual, que ya no sólo mataba para subsistir. Ella ya encontraba placer en aquello. Comprendí que muy pronto cometería una insensatez tras otra y que entonces estaríamos perdidos.

Sintiendo deseos de zarandearla, grité:

—¿Pero no te das cuenta de que puedes echarlo todo a perder? ¿Qué has hecho con el cadáver?

—Lo he dejado en el bosque.

—¡Estás loca! ¡Harán investigaciones y se darán cuenta de que es un caso de vampirismo! ¡Empezarán a hurgar por todas partes! ¡Darán con nosotros!

Tengo la sensación de que Opal ni siquiera me escucha. Ella ha encontrado su propio camino y es enormemente feliz. He de apelar a toda mi calma, he de recordar los siglos que hemos pasado juntos antes de decidirme a preguntar con voz que quiere ser indiferente:

—¿La acompañaba alguien?

—No. Iba sola en una furgoneta.

—¿Y dónde ha quedado la furgoneta?

—Allí, junto al bosque…

Su inconsciencia me aterra. Opal todavía cree que estamos viviendo en la vieja Transilvania, donde la actuación de los

vampiros se consideraba inevitable, y donde si alguna víctima aparecía desangrada la gente se santiguaba y nada más, limitándose a no volver a pasar por aquel camino. Aquí hay policía científicamente organizada y que no suelta su presa. ¿Es que no lo ha entendido aún…?

—¿En qué bosque ha sido? —pregunto con expresión ansiosa.

—En el de Newcombe, cerca de la carretera 202. Ella ha salido de la 202 para tomar un camino secundario que va hacia el norte.

He salido a toda la velocidad que permiten mis piernas, corriendo en dirección a aquel bosque. Sé que cada minuto cuenta, porque falta ya poco para el amanecer. No puedo exponerme a usar un automóvil porque alguien puede verme rodar hacia aquel sitio, y en cambio nadie me verá si ando por los atajos. Cuando llego junto al lugar donde yace Kitty, estoy tan reventado que mis pulmones estallan.

Hay gente que cree que podemos adoptar la forma de un murciélago y volar. No, eso no es cierto. Lo que ocurre es que a veces nos ocultamos en sitios donde hay murciélagos, y de ahí viene esa fantasía. Además, de nada nos serviría transformarnos en esos pájaros, que son estúpidos y de vuelo muy corto.

He entrado en la furgoneta, viendo las fotos reveladas. Me estremezco de horror. Opal no ha tenido la precaución de mirar nada, y sin embargo, allí está, retratada claramente, como si quisiera decir a la policía: «¡Seguidme!».

Mis labios se separan bruscamente para decir:

—Estúpida…

Nunca la he aborrecido tanto como ahora. Nunca, a pesar de todo lo que nos une. Me guardo las fotografías y los negativos para destruirlo todo más tarde y hasta me llevo la película que aún queda en el carrete. Luego arrastro el cadáver hasta unos matojos, donde cabe la esperanza de que tarden en hallarlo. Ojalá esté lo bastante descompuesto para que los forenses no puedan dictaminar la causa de la muerte.

Queda un último detalle: alejar la furgoneta, ya que si aparece por allí serán investigadas las cercanías y encontrarán el cadáver. Para eso la policía actúa con perros especializados. De modo que me siento ante el volante y conduzco aun sabiendo lo que arriesgo. Mi corazón se contrae cuando recorro un trecho de la 202,

temiendo que de un momento a otro encontraré los patrulleros. Pero nada sucede. Me desvío de la carretera en un trecho favorable, hundo la furgoneta en el pequeño río Lawrence y yo salgo a nado. Sé que durante una semana al menos estarán buscando a Kitty Ransom en el curso de agua, y ese tiempo bastará para que el cuerpo empiece a descomponerse en serio y los forenses no sepan ya qué ha ocurrido.

Pero con todo esto estoy corriendo un riesgo mortal.

Va a amanecer.

No tengo los relojes, no tengo nada que me haya avisado, y ahora se insinúan por las colinas las primeras luces de la aurora. Si no me doy prisa en meterme en algún sitio absolutamente seguro, moriré sin remedio. Quedaré convertido en polvo.

Miro ansiosamente en todas direcciones.

Campos vacíos y árboles que pronto estarán bañados por la luz. Allá lejos una casa, pero la casa estará habitada. Una sensación de vacío me rodea mientras la claridad se hace más y más intensa en los bordes de las colinas.

La angustia me ahoga.

No recuerdo haber pasado jamás un momento así. Siempre he tenido la preocupación de no arriesgarme a la hora del alba. Durante siglos me he atenido a unas normas elementales… ¡que ahora he roto por culpa de una estúpida mujer…!

Corro enloquecido por los campos húmedos que ya empiezan a brillar con el rocío.

¡La luz se eleva minuto a minuto!

¡Avanza!

¡Me convertiré en sucio polvo apenas se pose sobre mí el primer rayo de sol!

Ansiosamente me pongo a trabajar con mis propias manos, mientras los pulmones me estallan. En un borde del bosque abro un hueco, una especie de agujero de topo, que me permite introducir el cuerpo. Nunca he trabajado tan aprisa, nunca he sentido tanto dolor en las uñas rotas mientras los rayos del sol avanzan…, avanzan…, ¡avanzan!

Me doy cuenta de que estoy perdido.

Sudo copiosamente.

Las fuerzas me fallan…

Pero consigo hacer un hueco lo bastante grande para poder meter en él mi cuerpo hecho un ovillo, mientras tapo la entrada con hierbas y piedras. Cuando me introduzco en el hueco, la casi totalidad de la aurora ilumina todos los contornos. Y quedo como extasiado, como maravillado ante aquel espectáculo que quizá significa mi muerte.

Porque nunca he visto un amanecer. Porque no sé lo que es la luz derramándose sobre los campos. Porque en mis largos siglos de vida nunca he visto jamás la salida del sol.

Quedo extasiado por unos momentos.

Pero reacciono.

Esto va a ser mi muerte. Lo sé. Tengo que moverme…, moverme…, ¡moverme!

Voy acumulando piedras en la entrada. Las hierbas me ocultarán también, puesto que el agujero está hecho en el borde de un montículo. Claro que la tierra queda fuera y alguien puede notar que algo extraño ocurre allí, en cuyo caso estaré perdido. Pero he de confiar en la suerte. No tengo otro remedio…

Pongo la última piedra, la que impedirá el paso de la luz. Mi mano izquierda la afianza durante unos segundos. Y entonces notó un dolor penetrante, insoportable, atroz, como si de repente me la hubiesen cortado con una cuchilla.

La introduzco vivamente en la oscuridad. No puedo verla, pero la toco. Y noto… ¡mientras lanzo un gemido de horror noto que mi mano izquierda ya no existe! ¡La he tenido demasiado tiempo fuera y la ha alcanzado el primer rayo de sol!

Lloro silenciosamente.

Mis nervios están rotos.

No he llorado durante siglos, pero ahora me siento vencido. Tengo la sensación de que mi cuerpo se va a partir en pedazos. Sin mi mano izquierda me voy a convertir en un trasto inútil. Y al mismo tiempo mi orgullo ha sido ultrajado, mi orgullo de ser el noble más viejo de todos los que habitan la Tierra. El que más cosas podría contar…

El sueño y la fatiga me van venciendo. Al fin y al cabo siempre he dormido al amanecer, de modo que me voy quedando quieto. Eso es una suerte, porque alivia mis sufrimientos. Al menos una cosa ha sido absolutamente fija en mí durante siglos: no ha habido

quien hiciera madrugar al conde Drácula…

CAPÍTULO III

Estoy rabioso, estoy convertido en mi propia piltrafa cuando regreso a casa al caer la próxima noche. He limpiado como he podido mis ropas, pero, aun así presentan muchas manchas de tierra. Y aún puedo estar contento de que nadie ha investigado por las cercanías de mi hoyo, porque si no…

Abro la puerta.

—¡Tío George…!

La pequeña Ruth ha corrido para venir a mis brazos. La he acogido en ellos, la he levantado con fuerza y la he besado, sintiendo la sangre caliente circular por debajo de la piel tan fina. No sé qué me ocurre con esa chiquilla, pero ella es como una nota musical que siempre me alegra. La dejo en el suelo y entonces ella me mira con expresión de horror y de asombro a la vez.

—¡Tío George…!

—¿Qué pasa?

—¡Has tenido un accidente! ¡Te falta la mano derecha por completo!

Me mira aterrada, sin comprender. Yo casi me había olvidado de aquello porque la mano dejó de dolerme casi en el instante de desaparecer, de ser tragada por la luz. Pero comprendo que he de dar una explicación, y por lo tanto he puesto cara de buena persona que perdona a sus enemigos.

—Un…, un atracador que quiso robarme. Mejor dicho, eran dos… Uno llevaba una pistola. El otro un hacha…

—Pero…, ¡pero es horrible, tío George!

—No te preocupes. Ya no duele.

—¿Has avisado a la policía?

No contesto en el primer momento. Estoy mirando en torno mío, asombrado de que en la casa no haya nadie más. Pero Ruth pregunta entonces:

—¿Quieres que avise yo?

Me sobresalto. Si Ruth avisa, estamos perdidos. Cualquier médico notará que mi herida no se parece a ninguna que pudiera haber sido causada por un instrumento inventado por el hombre. En todo caso tendrá que pensar asombrado en una especie de rayo láser.

—Claro… —digo riendo—. Claro que he avisado a la policía… No te preocupes. ¿Pero cómo has venido tú sola esta noche? ¿Dónde están los otros?

—Han ido a una fiesta. Hoy es la fiesta de la Universidad.

—¡Ah…!

—¿Cómo no has ido tú, tío George?

—Pues… En fin, lo había olvidado. Y además las fiestas no me gustan, tú ya lo sabes.

—Sí, siempre has dicho que no te gustan. Por eso he venido, ¿entiendes? Porque me sabe mal que estés solo.

Y ha sonreído, apretándose contra mí. Esta chiquilla que nada sabe, que nada presiente, es el único cariño puro y sencillo que he tenido a lo largo de los siglos. Nadie me ha querido jamás. Nadie me ha buscado. En realidad, nadie me ha conocido. Y aquí, en un continente nuevo y que hasta hace poco me resultaba extraño, he tenido que encontrar el primer cariño limpio de mi existencia. La primera persona que de verdad confía en mí…

—Te lo agradezco mucho, Ruth… De verdad. Si pudiese hacer algo por ti lo haría, te lo juro…

—A mí también me gustaría hacer algo por ti, tío George. Debes aburrirte mucho.

—¿Por qué?

—Nunca sales de día…

He sonreído, aunque no me gusta esa conversación. La verdad es que, con otra persona, semejante tema me asustaría, pero con Ruth todo me inspira confianza. Me parece que nada malo tiene que suceder…

—Es que estoy acostumbrado a trabajar de noche —le contesto —. El día no me ha gustado nunca, y además lo necesito para descansar.

—Pero… ¡hay cosas tan hermosas! Ni siquiera has visto cómo están las flores cuando empieza el día. Y eso que tenéis un jardín

muy bonito, pero no lo cuidáis.

Ha lanzado una alegre carcajada mientras añadía:

—Si quieres, puedo yo cuidarlo…

—No, Ruth. No hace falta que te acerques de día por aquí, ¿comprendes? No hace falta…

Y la he vuelto a levantar en brazos para sentarla ante la mesa.

Ha sido entonces cuando he tropezado en la puerta con la mirada de Opal. Es la suya una mirada caliente, un poco viscosa, ligeramente húmeda. Es una mirada que está cargada de ansiedad. Piensa en algún placer especial, un placer que sólo ella adivina, y teme que alguien se lo arrebate.

Ni siquiera se ha preocupado de mi mano.

Con voz opaca ha dicho:

—Ven…

Yo he encendido maquinalmente la televisión para que Ruth vea el último programa y no nos moleste, y he ido tras ella. Detrás de las puertas cerradas, bajo la luz amarilla de las lámparas, me parece que los ojos de Opal brillan de una forma más viscosa que nunca.

—¿Has llegado a tiempo de borrar las huellas? —me ha preguntado.

—Sí. No creo que la policía encuentre nada, pero has cometido una terrible imprudencia. Y esa imprudencia, al tener que agotar yo hasta el último minuto, me ha costado la mano izquierda. Pude haber muerto. Un segundo más y me convierto en cenizas…

La perspectiva no la ha emocionado en exceso. Es terrible, pero hasta nosotros, que somos inmutables, cambiamos con los tiempos. Ya no me obedece ni me ama. Ya no es una esposa como en otro tiempo fue. Lo único que anhela es vivir, divertirse, llenar sus horas…

—Jamás volverás a encontrarte en una situación así —me ha dicho—. No te preocupes.

—De nada serviría preocuparse. El mal ya está consumado.

—Pues estate preparado, porque otros males van a venir.

—¿Otros? ¿Qué intentas insinuar?

—Esa pequeña…

Me ha estremecido su voz. Me ha estremecido también el brillo glauco de sus ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha visto que no tienes mano izquierda.

—¿Y qué? También lo verán los otros.

—Pero los otros son más discretos. Esa chiquilla no. Avisará a la policía. Ya verás cómo avisa…

—No, no lo hará…

—¿Por qué tienes tanta fe en ella?

—Porque ella hace lo que yo le digo. Porque cree en mí.

—¿Cree en ti? ¿Desde cuándo ha creído alguien en el conde Drácula? Vamos, no me hagas reír…

Pero se ha reído. Ha reído sordamente y con un matiz burlón que me ha pinchado la piel. Luego ha dicho sordamente:

—Verás cómo nos está espiando…

Y ha salido de nuevo a la sala principal. Pero Ruth, la pobre, no nos está espiando. Ya sé yo que se puede confiar en ella. Mira el programa de noticias políticas de la televisión a pesar de que eso no debe interesarle nada.

Opal la ha tomado entre sus brazos.

—Oh, Ruth… ¡Qué aburrida debes estar! ¡Ruth…!

Ha empezado a besarla. Desde el dintel de la puerta, mientras mis nervios vibran, yo he visto con horror el cariz que van tomando sus besos. Al principio ha sido sólo curiosidad, pero luego ha ido buscando su cuello. Ruth no se da cuenta de nada. No sospecha. No sabe que tiene junto a su piel tibia los dos poderosos incisivos que destrozarían su vida en un momento.

Opal se entusiasma.

Vuelve a haber algo viscoso en su mirada.

—Está bien —he dicho de pronto, secamente—. Deja que Ruth vea tranquila la televisión. Vamos.

De mala gana me ha obedecido, pero noto una vibración secreta en su piel. Hace siglos, desde que mataba a algunas muchachitas de Transilvania, que no ha tenido una víctima así. Lo fácil y lo tierna que debe resultar le enardecen. Noto que está temblando.

Encerrados en otra habitación, con las ventanas bien herméticas y unas gruesas cortinas que no dejarían entrar la luz, aunque fuese pleno día, la he mirado, fijamente. Sus ojos brillan con intensidad al decir:

—Hemos de eliminarla. Es un peligro…

—¿Ruth?

—Sí. Cada vez estoy más convencida de que te comprometerá.

—Ni lo sueñes, Opal. A Ruth no se le va a hacer ningún daño.

Me ha sujetado por las solapas. Sus manos duras y febriles casi me hacen daño. Está bien alimentada y por eso tiene más fuerza que yo. Pero la he apartado con desprecio porque no estoy acostumbrado a que una simple mujer me hable de esa manera.

Opal me ha mirado con ojos brillantes.

—Tú no lo comprendes —ha dicho—. No puedes comprenderlo.

—¿Qué es lo que no puedo comprender?

—Nos será imposible salir a buscar alimento por las cercanías y necesitaremos una víctima fácil. Ruth lo es. Pronto necesitaré sangre nueva, ¿entiendes? Pero tú nunca piensas en mí…

He hecho un gesto de desaliento. Ella, convencida de que el tiempo trabaja a su favor, me ha mirado burlonamente.

—Ya volveremos a hablar —ha dicho—. Ahora conviene que descansemos. Hemos tenido unas últimas horas muy agitadas…

Y ha movido el resorte de la chimenea que lleva a nuestro refugio del sótano. Parece haberse olvidado por completo de Ruth, pero yo sé que no es así. La conozco bien. Como sabe que estoy más cansado que ella, esperará a que me hunda reventado en mi ataúd. Y entonces…

Sí. Claro que sí. Ruth aún estará arriba, viendo la televisión.

No quiero ni pensarlo.

Me he hundido en el confortable fondo del ataúd y he cerrado los ojos. La fatiga me vence, pero trato de mantenerme alerta, fingiendo dormir. Con los ojos cerrados, oigo que Opal se mueve al cabo de unos instantes. Sé que me mira.

Silenciosamente, sale del ataúd.

Va hacia la puerta.

Ruth no puede ni siquiera sospechar el horror que se mueve bajo sus pies, en las entrañas de la casa.

Yo también me muevo silenciosamente. Sabía que esto iba a ocurrir. Sé que Ruth está condenada. Los dientes de Opal se clavarán en su cuello, y como es imposible que tenga demasiado apetito trabajará lentamente. La hará sufrir, sufrir…

El pensamiento me resulta insoportable.

Sé que voy a hacer algo que un ser de mi clase nunca haría, porque en el mundo sólo quedamos Opal y yo. Sé que debemos

defendernos uno al otro. Opal ya no me defiende, sino que se ha transformado en mi peor enemiga. Opal sólo piensa en su supervivencia y en su placer. Si ella vive, moriremos los dos.

Eso es lo que me estoy diciendo a mí mismo, pero en realidad es una excusa. O al menos lo es en parte. Lo que yo quiero es que no le suceda nada malo a Ruth. Que no muera, como va a morir esta noche. Que no caiga entre las uñas de Opal…

Ella ya abre la puerta.

Yo extraigo con dedos ágiles uno de los clavos de mi ataúd. Los clavos son de plata, como corresponde a nuestra categoría, y con los siglos han ido cediendo hasta casi caerse solos. Lo he extraído y he avanzado con él. Es un clavo largo, sólido. Brillante a la luz amarilla, parece una espada.

De repente he asestado el terrible golpe, clavando hasta el fondo gracias a la presión de mi muñeca izquierda.

Opal ha lanzado un grito, un grito sordo, ronco, pero creo que no ha atravesado las paredes del sótano-tumba en que estamos metidos los dos. Yo sé que un clavo de plata en el corazón puede matarla, pero la verdad es que hasta ahora no se me había ocurrido que los de mi propio ataúd pudieran servir. La he visto caer a mis pies mientras me domina un sentimiento de terrible congoja.

Después de tanto matar, después de ver tantas víctimas a mis pies, éste es el primer crimen que realmente me impresiona. Ahora me siento desesperadamente solo. Ahora me doy cuenta de que sólo tengo a Ruth.

Parece mentira, pero después de ver tantos centenares de muertos es la primera vez que veo un muerto de mi clase. Y me sorprende que Opal siga tan hermosa, tan intacta, como si nada hubiera ocurrido en ella. Tanto que me inclino para saber si está muerta y le tomo el pulso con dedos temblorosos.

Está muerta. La punta del clavo de plata se le ha hincado en el corazón. Con pasos lentos, apagados, arrastrando los pies, he subido al dormitorio y luego he pasado a la sala donde sigue Ruth.

La niña me mira sonriendo. La televisión ya ha cerrado sus programas, pero ella aún me espera allí.

—Tío George…

—Hola, Ruth.

—Creí que te habías ido a dormir… Casi tenía un poco de

miedo.

Pienso que tendría realmente miedo si supiera la verdad. Saldría enloquecida de aquella casa. Pero como está lejos de sospechar nada, me limito a tranquilizarla y a acariciarle los cabellos con un gesto suave.

—La que se ha ido a dormir es Opal —digo—. Y ahora tú debes marcharte también. Tus padres estarán intranquilos.

Ruth sonríe con un guiño de complicidad.

—No te preocupes, tío George. Nada de eso… He dicho que estaría en la fiesta de la Universidad con dos chicas a las que tenemos alquiladas unas habitaciones. Y la fiesta no terminará hasta que amanezca.

—Pero es una tontería que te quedes aquí…

—Quiero hacerte compañía, tío George.

—¿Por qué?

—Porque has tenido un accidente y nadie te compadece. Porque adivino que esta noche eres muy desgraciado.

Parece mentira las dotes de psicología que puede llegar a tener la mirada de una niña y la caridad que puede llegar a sentir. En efecto, esta noche soy más desgraciado que nunca. Esta noche se derrumba todo en torno mío. He salvado a Ruth, pero ¿a cambio de qué? ¿Qué haré ahora?

La pequeña sujeta mi mano herida.

—Además quiero darte una sorpresa —dice.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Ya lo verás. Si te lo dijese ahora, no tendría gracia.

—Lo que debes hacer es irte a tu casa, Ruth. Si quieres te acompañaré.

—No… No hace falta que vuelva hasta el amanecer, tío George. Ya te lo he dicho.

He sonreído hacia otro lado para que no vea mis dientes. En eso del amanecer no hay peligro de que nos equivoquemos. Todos los despertadores sonarán a tiempo. Entonces será cuando le diré a Ruth que se vaya.

Las horas que siguen son las horas más extrañas que he pasado en mi vida. No sé por qué, pero recuerdo como si las viviese otra vez las aventuras que he pasado. Miles de personas, desde campesinos rumanos hasta policías yanquis, han tratado de

matarme sin conseguirlo. Sé que soy inmortal y eso me da una magnífica sensación de superioridad y de poder. Lo único que necesito es compañía. Si yo pudiera con Ruth… Si yo pudiera…

Un pensamiento maligno cruza mi mente.

Trato de luchar contra él.

Pero no, no puedo. Yo sé que, según como se trate a una persona, se la puede convertir en vampiro también. Hasta ahora jamás me había preocupado de eso porque bastante trabajo me daba Opal, pero a partir de este momento todo será distinto. Necesitaré compañía… La necesitaré… De modo que si lograse convertir a Ruth… Si pudiese hacerla de las de mi clase…

La pequeña ríe suavemente. Por lo visto le extraña verme tan abstraído. Mientras me señala una carta de la baraja con que estamos jugando dice:

—Tío George… ¿Qué te pasa? Otra vez has tirado mal…

—Es verdad…, estoy muy distraído esta noche. Perdona.

La verdad es que he perdido la noción del tiempo. Mis pensamientos me abruman. No sé cuántas horas llevamos jugando así, mientras Opal está muerta abajo. Ruth hace esfuerzos conmovedores para animarme, pero no lo consigue porque la semilla del veneno ya está en mí. Porque el maldito pensamiento ya ha entrado en mi mente. He de convertirla a ella también… He de convertirla…

Le digo que se acerque.

Ella, con su inocencia, se sienta en mis rodillas.

—¿Qué quieres, tío George?

—Nada… Sólo estar contigo.

Yo sé que si la muerdo levemente en el cuello, pero sin aspirar la sangre, sólo procurando que mi saliva llegue a su pequeña herida, puedo convertirla en un pequeño vampiro. Claro que no es seguro, pero debo probar… Aunque la idea no me seduzca, pienso que lo que va a suceder también será bueno para Ruth. Así no morirá nunca…

Voy a aproximar mi boca a su cuello.

Veo que se sobresalta.

No lo entiende.

Una súbita lucecita de sospecha se enciende en sus ojos claros, en sus ojos tiernos…

Quizá ha visto por un momento mis dientes. Quizá…

—¿Qué vas a hacer, tío George?

—Nada… Estate tranquila. Nada…

Y voy a insistir de nuevo, usando mi máxima suavidad. Pero en ese momento los tres despertadores que había en la sala se ponen a zumbar como enloquecidos. Yo tengo un sobresalto como si me hubieran sorprendido en mitad de un crimen. Suelto a Ruth y me pongo en pie.

—Va a amanecer —le digo—. Debes irte.

Sé que, después de sonar los despertadores, queda un margen de seguridad de casi quince minutos. Opal y yo teníamos las cosas calculadas bien. Por supuesto, como no podemos exponernos, todas las ventanas están rigurosamente cerradas y echadas las cortinas. Por tanto el amanecer es un acontecimiento completamente exterior que podría pillarnos por sorpresa. Pero los relojes avisan.

—Vete —le digo cariñosamente—. Anda, vete ahora y vuelve mañana con los otros.

Andamos hacia la puerta.

Ella sonríe. Está más encantadora y más simpática que nunca. Con una expresión de cariño que yo no sabría definir, me dice suavemente:

—Tío George, voy a irme, pero antes quiero que conozcas la sorpresa. No quiero que seas desgraciado. Tú tienes derecho a ser tan feliz como las demás personas.

—Está bien… Veamos qué sorpresa es ésa…

—Abre.

He abierto de golpe la puerta exterior. Sé que me queda un margen de seguridad de doce minutos largos. Fuera aún tiene que estar todo oscuro. Aún tiene que…

Y de pronto he lanzado un grito de horror.

Todo mi cuerpo vibra.

Duele hasta el paroxismo.

Se retuerce.

¡Estalla!

Porque fuera estalla también la luz de un magnífico día. Porque fuera reluce la apoteosis del sol. Al menos hace una hora que ha amanecido. Y todo el jardín está cambiado. En él, delante de la puerta, están plantadas flores y más flores, flores, flores…

Ruth, que me ha acompañado, me suelta la mano rápidamente. Está asustada. No entiende nada… Oigo que gime:

—Pero, tío George…, ¿qué te pasa? Quería darte una sorpresa porque sé que no ves amanecer nunca… No tienes flores en ningún sitio… Por eso las he plantado… Y he atrasado los despertadores una hora, porque un día me dijiste que te acostabas al oírlos… Así sabía que me acompañarías y verías esto… ¿Pero qué te pasa? ¡Tío George! ¡Tío George! ¡Tío George!

Sus últimas palabras son un lacerante grito.

Pero yo apenas lo oigo ya.

Sé que está destrozada por el horror, sé que está a punto de desmayarse de miedo.

Y lo siento. Por primera vez en mi vida siento algo que hace daño a los otros. Intento verla, intento decir que se vaya…

Pero ya no puedo.

Mis ojos ya no existen.

Ni mis manos.

Pronto no existirá mi cara. Me vuelvo para que no la vea. Y oigo su último grito, sus pasos que se alejan, sus pasos, sus pasos, sus pasos, sus pasos, sus pa…, pasos hacia el infinito. Pasos… pa… pasos…

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927-2015) fue abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.